

LA PROTOHISTORIA DE LA IGLESIA LA TINOAMERICANA

El objetivo de este capítulo no es usual en este tipo de obras que, al proponerse sólo una exposición científica para especialistas, aborda directamente la cuestión: en nuestro caso la historia de la Iglesia en América latina (cuestión que será tratada desde el capítulo IV). Sin embargo, CEHILA se ha propuesto desde su fundación tomar como interlocutor principal al militante, al agente pastoral, al miembro de la Iglesia que necesita explicar el presente de la praxis cristiana desde el pasado. Pensando principalmente en dichos militantes, que frecuentemente no tienen oportunidad ni tiempo para estudiar la historia universal y la de la Iglesia del antiguo continente, hemos querido dar una visión sintética de lo que llamamos la «*protohistoria*» (la historia *primera*) de nuestra experiencia cristiana. Y decimos «nuestra», porque la historia del judeocristianismo es «nuestra» historia, como miembros de la Iglesia universal. Por ello, si hemos expuesto la «*prehistoria*» (la historia de los amerindios, de nuestra *madre*), ahora debemos tomar conciencia de la historia de la experiencia europea, mediterránea, medio-oriental de la existencia cristiana (la historia de nuestro *padre*, que prepotente y agresivo llegó a nuestra tierra en figuras tales como las de Cortés y Pizarro).

Pero, además, es necesario efectuar una reinterpretación de la historia mundial de nuestra Iglesia desde el punto de vista latinoamericano, ya que América latina significará, dentro del catolicismo, más de la mitad de sus miembros al finalizar el siglo XX. Por ejemplo, en una comisión formada para dialogar con la Iglesia ortodoxa en 1979 todo lo referente a la deseada unidad, se nombraron cardenales europeos y norteamericanos, pero ninguno latinoamericano. Si la Iglesia latinoamericana no es tomada en cuenta en muchas decisiones universales es porque ella misma se automargina. La automarginación se debe a una formación parcializada de su cúpula, de sus líderes y agentes pastorales. Es necesario que en la formación de sus dirigentes, la Iglesia latinoamericana comience a tener una *autointerpretación propia* del origen, desarrollo, expansión y presente de la Iglesia universal. Por ello este capítulo tiene una función de explicación para los militantes; comienzo de una diferente autointerpretación *latinoamericana* de la Iglesia mundial. Su sentido es pastoral.

I. INDOEUROPEOS, SEMITAS E IGLESIA PRIMITIVA

Contra cierta interpretación europea, hegeliana especialmente, de que la historia comienza en Persia y avanza hacia Grecia, Roma y Europa -visión de la historia hacia el occidente, culminación y centro de la historia mundial (y

por ello como latinoamericanos quedamos siendo un momento periférico, accidental, fuera de la historia)-, queremos sugerir diferentes movimientos. Ya hemos visto la gigantesca marcha *hacia el oriente* (origen de nuestra pre-historia: la historia magnífica de Amerindia). Sugerimos una marcha del norte hacia el *sur* (de los indoeuropeos); del sur *hacia el norte* (de los semitas), y sólo después veremos la gran marcha *hacia el occidente* (momento central de nuestra proto-historia: la de la Iglesia cristiana del Mediterráneo, que se «decentrará» con el descubrimiento de nuestra América latina). El enfrentamiento geopolítico a fines del siglo XX, y ciertamente buena parte del siglo XXI, será el choque del sur contra el norte (países dependientes y subdesarrollados, contra países centrales y desarrollados), y del *occidente* (capitalista) contra el oriente (socialista). Todas estas realidades, y a veces metáforas espaciales, deben hacernos relativizar la división ideológica del *occidente* (que en realidad viene del Imperio romano latino occidental, ante el Imperio romano bizantino u oriental, para el cual la provincia del Asia, actual Turquía, era su extremo Oriente), cristiano y civilizado, contra el *oriente*, bárbaro, ateo, materialista.

1. *Los Indoeuropeos*¹

Los pueblos así denominados, porque invadieron las culturas comprendidas desde la India hasta Europa, tuvieron una posición geopolítica ideal para expandirse en todas las regiones fértiles y de alta cultura del sur. Viviendo originariamente al norte del mar Caspio y del mar Negro (la cultura del Kurgán, hace unos 4.000 a.C.), se extendieron por toda la estepa euroasiática (desde España hasta la China), gracias a una peculiar relación hombre-naturaleza que posibilitó materialmente el desarrollo de las totalidades histórico-concretas que tuvieron el temple de organizar. Se trata, por una parte, el llevar a su término final la domesticación del caballo (domesticación iniciada en el Gobi siglos antes), y el uso del hierro como instrumento de instrumentos, tanto para la agricultura (el arado de hierro aumentaba la productividad, el alimento, y permitió la explosión demográfica) como para la guerra (flechas, lanzas, espadas, ejes de los carros de batalla elaborados con hierro procedente de los países bálticos). Ocuparon estos pueblos las cuencas del Danubio, Dniester, Don, Volga, Oral, incluyendo la Transoxiana (Turán) y parte de la Cuenca del Tarim (Véase esquema 2.6).

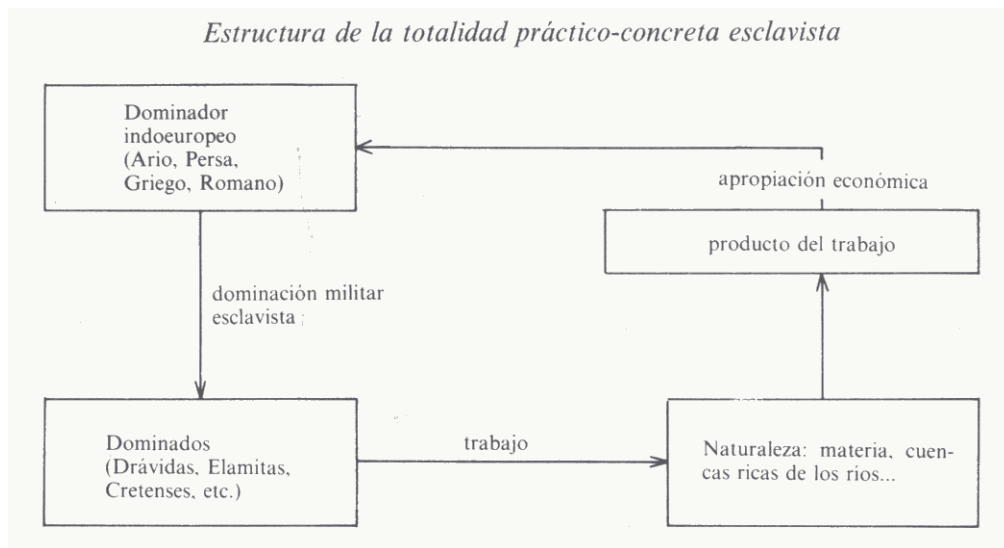
En el tercer milenio comienza su movilización hacia el sur, impulsados o «empujados» por las tribus mongolas del Gobi, centro de expansión de pueblos hasta el siglo XVII d.C. (cuando los rusos conquisten la región o al menos la inmovilicen por el norte). En el siglo XXV a.C. los luvitas se hacen presentes en Anatolia; las culturas Aujetitzer en Europa Central en el siglo

1. Cf. K. Narr, *Frühe Indogermanen*, en *Saeculum Weltgeschichte* I, Freiburg 1965, 596 s; Alimen-Steve, Mittel- und Nordeuropa, Osteuropa, en *Vorgeschichte* I, 109-147; J. Vendryes, *El lenguaje. Introducción lingüística a la historia*, en *La evolución de la humanidad* III, México (desde 1955), 3-414 (en los tomos XXII, pp. 250 s.; t. XXXIII, p. 294 s., y muchos otros se encuentra material al respecto, es decir, sobre celtas, germanos, etc.). W. Havers, *La religión de los indogermanos primitivos a la luz de la lengua*, en *Cristo y las religiones del mundo* II, Madrid 1961, 645 s; R. von Ihering, *Prehistoria de los Indoeuropeos*, Madrid 1896; A. Picket, *Les origines indoeuropéennes*, Paris 1878; S. Reinach, *L'origine des Aryens*, Paris 1892.

XXII a.C.; los hititas en el XX a.C. también en Anatolia -fundando el primer reino indoeuropeo con Pithana por rey, en Hattusa su capital-. Dominadores del hierro son ya los kassitas que invaden Babilonia en el siglo XVII a.C.; los hyksos que hacen lo propio en el Egipto, y muchos otros. Los arlos se hacen presentes en el Indio en el siglo XV; los aqueos en la Hélade en el mismo siglo; los proto-itálicos en el siglo XIII en Italia; los eollos, jónicos y dóricos en Grecia en el XII; los «Pueblos del Mar» que asolan Egipto en el mismo siglo; los medos y persas llegan en el siglo VIII a las regiones después llamadas Media y Persia, incluyendo a los Sármatas, Sakas y Yueh-Chi; para llegar a los germanos que invaden el Imperio romano desde el siglo I al VII d.C.

El rápido desplazamiento (por el caballo) y la gran ventaja militar (armas y carros de hierro) permitió a este pueblo agricultor, pero también pastor, dominar con cierta facilidad a los pueblos neolíticos sedentarios de los valles del Indo, de Mesopotamia, de Anatolia, de Siria y hasta el Nilo. La relación técnica o *poiética* del hombre-naturaleza les permitía efectuar una relación hombre-hombre (política) de extrema dominación. Así nació el sistema esclavista, donde el Indoeuropeo dominaba otros pueblos y los reducía a la esclavitud: los vencía con la superioridad de la técnica militar, les perdonaba la vida pero bajo dura dominación; les exigía en el orden imperante entregarle al dominador el fruto del trabajo del dominado. Se producía así la siguiente relación económica, también religiosa en cuanto a su sustancia última -condición para ofrecer el culto al Absoluto, a Dios:

ESQUEMA 3.2

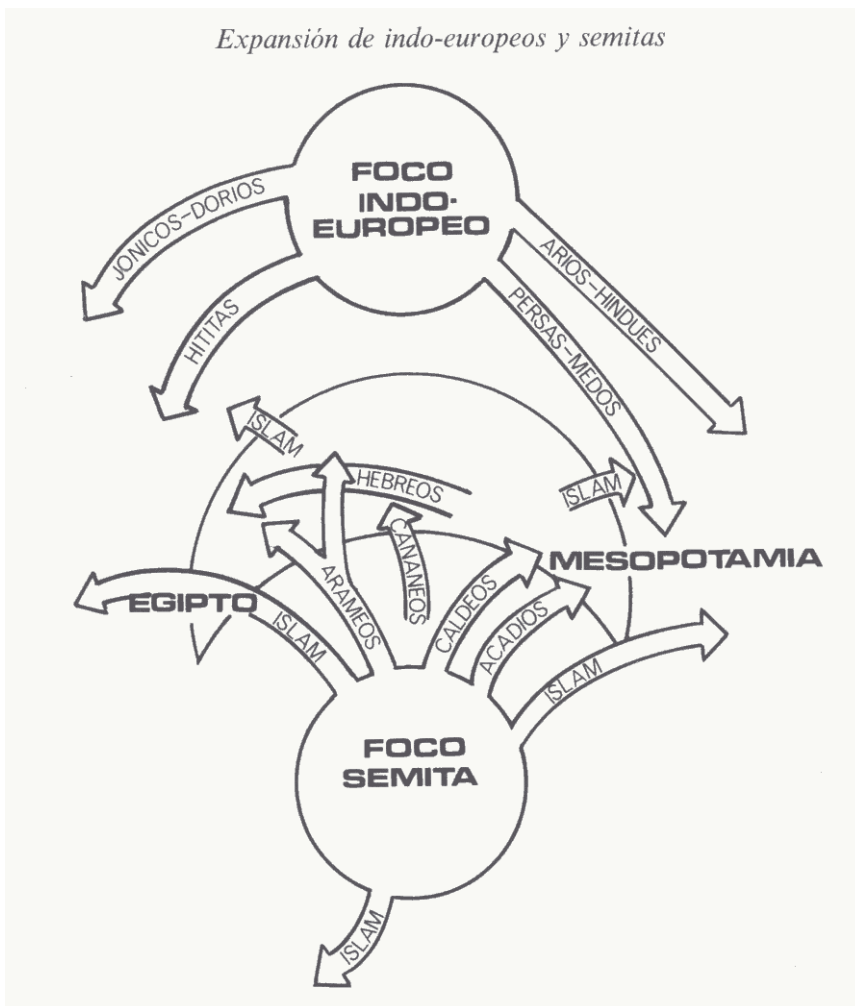


La técnica productiva del hierro, la práctica política de la esclavitud, el salvajismo como posesión económica del otro hombre y del producto de su trabajo, quedaba claramente justificado (el todo práctico-productivo en las Dios de «día» de los pastores-guerreros: el *Dyauspita* de los arlos en sánscrito,

el *Zeus Pater* de los helénicos, *Jupiter* de los romanos; el «Padre» o Dios uránico, del cielo, pero como cielo luminoso o del *día*: *dyu, dyo, dies, diei* en las lenguas indoeuropeas (es decir: «Dios» y «día», aún en nuestra lengua castellana de origen indoeuropeo guarda todavía su idéntica raíz lexicológica). De la misma manera el «jefe de la familia» patriarcal se dice en sánscrito *dampati*, en griego *despótes*, en latín *dominus*. La aldea o lugar fortificado, en sánscrito *pur*, en latín *vicus*, en griego, *pólis*; el cultivar o arar la tierra se dice en griego *arao*, *aro* en latín, *airim* en irlandés, *ariu* en lituano, lo que nos indica que los indoeuropeos eran agricultores antes de su expansión.

Desde los hititas hasta la culta Alejandría de tiempos de Plotino, la cosmovisión ideológica indoeuropea fue siempre dualista: el cuerpo, la materia, la sexualidad, la pluralidad, lo mortal, corruptible, plural, el devenir (sea la *doxa* platónica, el maya del hinduismo, el *Ahriman* iránico, etc.) es el mal.

ESQUEMA 3.1



Por el contrario el alma, lo inmaterial o divino, lo Uno, lo inmortal o eterno, incorruptible (sea el *cosmos noetós* platónico, el *Braham* de los hindúes, *Ahura Mazda* de los iránicos, el Uno de Plotino o el alma de los maniqueos) es el bien. Monismo ontológico, dualismo antropológico, justificación ética del esclavismo y de la explotación de los pueblos de cultura agrícola, femenina, preindoeuropea.

Todo esto alcanzará su esplendor en el mundo helenístico y romano, fundamental para comprender en la historia el proceso concreto y real de la Iglesia que se gestó con Israel en el seno, primero, de Mesopotamia y Egipto pre-indoeuropeos, pero que luchó, después, contra el Imperio helenístico oriental y que nació, por último, en las colonias periféricas del Imperio romano -en tiempos que colindaba con el Imperio también indoeuropeo de los persas.

En efecto, y como veremos después, el primer contacto importante de Israel con los indoeuropeos, fuera de sus luchas contra los filisteos que eran de ese origen, tuvo lugar en el contexto del Imperio seleucida, fundado por el lugarteniente de Alejandro, Seleuco I, que hizo conservar el reino de Bactriana, y cuya capital era Babilonia. Por su parte Ptolomeo gobernó en Egipto, en cuya Alejandría las colonias judías eran numerosas (traduciendo al griego especialmente en Elefantina la Biblia en la edición denominada de los setenta). En el 64 a.C. los romanos ocupaban Siria y con ello Israel entraba en contacto con un nuevo pueblo Indoeuropeo.

Después de la legendaria Monarquía (753-510 a.C.), la República romana (509-30 a.C.) extendió su dominio sobre Italia primero, llegando a ser una de las seis potencias del Mediterráneo (bajo la hegemonía de Alejandría estaban Cártago, Marsella, Pérgamo y Antioquía). Al destruir a Cártago (146 a.C.), ocupar Grecia (127 a.C.), tomar Pérgamo (129 a.C.), algo antes a los Seleucidas (190 a.C.), y por último Alejandría (30 a.C.), Roma se transforma en el Imperio del Mediterráneo, *mare nostrum*. Sin embargo nunca llegó al Extremo Oriente aunque Ptolomeo III de Alejandría se denominaba «señor del Mediterráneo y del mar de la India», lugar estratégico que sólo ocuparán desde el siglo VIII d.C. los árabes, y desde el siglo XVI los portugueses.

Los romanos; entonces, lograron dominar práctica-políticamente innumerables pueblos al sur del Danubio y al occidente del Rhin, hasta el norte del Sahara y el occidente del desierto sirio-arábigo. Combinaban un sistema económico esclavista con otro tributario: a los campesinos libres, a los pueblos dominados se les pedía tributo. Los esclavos se transformaban en botín de guerra. Para cobrar el tributo se realizaban censos. El censo era el acto formal por el que un pueblo pasaba a ser colonia de los romanos. En tiempos del emperador Tiberio, y en ocasión del primer censo (es decir, del acto por el cual comenzaba a ser formalmente colonia) nació en un perdido pueblo, de una nación periférica del Imperio, junto a los persas, de clase humilde, de trabajadores manuales, Jesús hijo de José y de María junto a animales, en un miserable pesebre, no lejos de los soldados romanos, ejércitos imperiales de ocupación, que por represión obligaban al pueblo dominado a «contarse» para pagar el tributo económico según el número «de cabezas» (de personas, de población).

2. Los Semitas²

Si estructuralmente el «primer piso» de la historia mundial fueron las altas culturas neolíticas (descritas en el *capítulo II*), el «segundo piso» son las invasiones indoeuropeas, pueblos dominadores de a caballo y con armas de hierro provenientes de las estepas del norte. Los semitas, «tercer piso» de esta historia, vienen más bien del sur, del inmenso desierto árabe, parte de lava (*harrá*), parte de arena (*nefoud*), parte de piedra (*hamada*). Morir abrasado en el desierto, sin agua, es como ser devorado por las llamas del infierno (que en la simbología judeo-cristiana se trata, por esto, de un «infierno» caliente, siendo, como hemos dicho, un infierno frío en el de los amerindianos que cruzaban por el Norte el estrecho entre Siberia y Alaska).

Los primeros semitas que constituyeron un reino fueron los acaDios, aunque cultural y aun racialmente ya influenciaron a los súmeros y a los egipcios³. Puede comprenderse que la región de la Media Luna, de Mesopotamia a Egipto, cuyo centro era el desierto sirio-arábigo, tuvo, ya en el mesolítico, presencia de semitas. Lo cierto es que Sargón gobernó en Akkad desde el 2340 a.C. Un siglo después de la caída de Ibbisin surgió Hammurabi como rey de Babilonia (1792-1750 a.C.)⁴. En el famoso *Código*, primera ley escrita que se conoce, promulga:

He puesto fin a la guerra, he creado el bienestar, he dado descanso al pueblo en moradas tranquilas... Los he gobernado en paz, los he defendido con mi providencia, de modo que el fuerte no oprimiese al débil, y se hiciera justicia al huérfano y a la viuda⁵.

Los Indoeuropeos se hacen presentes con los hititas, y Mursili I conquista la zona. Algo antes, en el siglo XX a.C., un reino había surgido en Asshur (Asiria)⁶. Tenían como santuario a Nínive, en tiempos que eran dependientes de Ur, de Babilonia y de los Hurritas. Pero sólo con Tiglat-Pileser I (muere en 1060 a.C.) los asirios dominan la región:

Yo soy Tiglat-Pileser, rey del Mundo, rey de Asiria, rey de las cuatro partes de la tierra. Babilonia está al mando del señor de Asshur... Me he dirigido al Líbano. He vuelto contra la región de Ammuru... He recibido tributo de Biblos, Sidón y Arvad...⁷.

Assurbanipal llega a conquistar Egipto y Etiopía. Serán los Indoeuropeos, los Medos, los que destruirán Asiria, junto al rey Nabopolasar, semita, que reconstruye Babilonia.

El renacimiento babilónico (desde 625 a.C.) durará poco, porque Ciro, rey indoeuropeo de los Persas, ocupaba Babilonia en el 538 a.C., siendo el fin del

2. Véase mi obra *El humanismo semita*, Buenos Aires 1969, con bibliografía, en especial p. 5-21.

3. Cf. L. Wolley, *The Sumerians*, Oxford 1928; en el *Cambridge Ancient History I*. Cambridge 1962, pueden encontrarse referencias; Diez Otto Edzard, *Im Zweistromland*, en *Saeculum Weltgeschichte I*, 239-281; E. Otto, *Im Niltal. Agypten*, en *Saeculum Weltgeschichte I*, 282 s.; E. Drioton-J. Vandier, *L'Egypte*, Paris 1952; H. Junker, *La religión de los egipcios*, en *Cristo y las religiones de la tierra II*, 531 s.

4. Cf. L. King, *The letters and inscriptions of Hammurabi*, London 1898.

5. Cf. mi obra *El humanismo semita*, 11.

6. Cf. *The Cambridge Ancient History III*, 1 s.

7. Cf. S. Moscati, *Las antiguas civilizaciones semíticas*, Barcelona 1960, 37.

cautiverio de Israel, los que cantan: «Siéntate en el polvo en signo de duelo, virgen, hija de Babilonia, póstrate en tierra, destronada, hija de los Caldeos» (Is 47,1). «Decid: Yahvé ha liberado a su siervo Jacob» (Is 48,20).

Entre los montes del Líbano y el Mediterráneo, sobre sus costas, floreció toda una cultura semita: los Fenicios («pueblo de las palmeras»). Desde la antigua Ras Shamra, y las posteriores Sidón, Tiro y Biblos, florecieron en el siglo XII a.C. , hasta la Cártago (*Kart-Kagadásht*, la «ciudad nueva») colonial y enemiga mortal de la futura Roma, fundada en el 814 a.C.

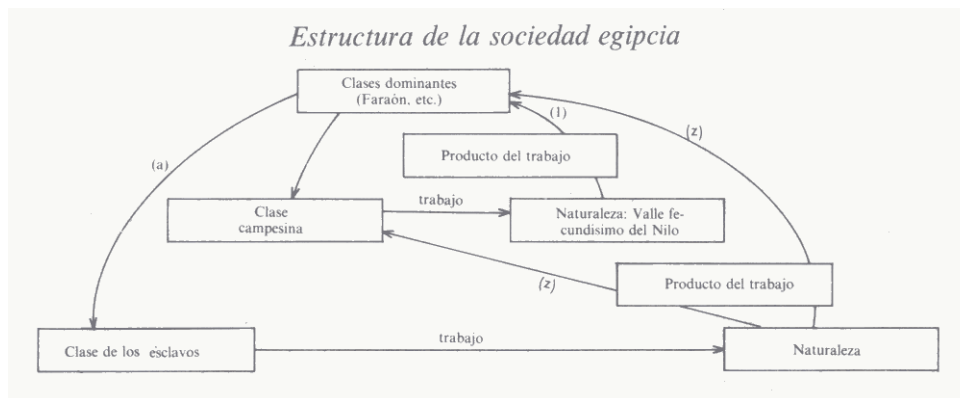
Entre el desierto de Siria y los montes del Líbano, en las cuencas del río Oronte o en oasis, como el de Damasco, habitaron muchos pueblos semitas, tales como los Arameos, lengua comercial y diplomática de toda la región, lengua popular que habló Jesús de Nazaret.

Todos los pueblos, originarlos del desierto y en estrecha convivencia cotidiana con él, efectuaron una relación hombre-naturaleza muy diversa a los indoeuropeos. Si es verdad que como pastores tuvieron igualmente un «Dios del cielo» (*El, Eli, Hala*, etc.), no tuvieron una tan abrumadora superioridad técnica (ni por el dominio del hierro ni por el uso del caballo). Su experiencia es más lenta, más dura, más paciente. El dominio del hombre sobre el hombre estaba mediatizado por las exigencias tremendas de la sobrevivencia del desierto. Los pequeños clanes debían contar con la solidaridad de otros clanes, en ocasiones enemigos, pero eventualmente colaboradores ante la posibilidad de la muerte por las tormentas de arena, las intensas sequías, el hecho de perderse en la inmensidad infernal del desierto. El *ethos* del clan primitivo, anterior al esclavismo o a todo tipo de tributo, *será el ideal de la perfección del pasado que se proyecta como utopía*. Nada más valioso en el desierto inhóspito que el cara-a-cara ante otro hombre, que su fraternal hospitalidad, sagrada, primera condición de la vida, la sobrevivencia. El *desierto* como horizonte de comprensión, como relación hombre-naturaleza del simple y pobre pastor , nómada como Abel (no sedentarizado y urbano como Caín), en la proximidad del hombre como relación práctica suprema, en la relación económica del don gratuito, del regalo al peregrino, al extranjero, al pobre, a la viuda, al huérfano, será la escuela de los profetas y el origen de la propuesta de una totalidad práctico-productiva que revolucionará profundamente la historia humana: contra el esclavismo como política, técnica, economía e ideología, contra el tributo en los mismos niveles, se generará por primera vez en la historia humana la propuesta de nuevos tipos de relaciones humanas práctico-productivas: la fraternidad, la justicia con el otro como otro, porque lo merece como persona, como alguien, como libre. En el desierto, en sus relaciones práctico-políticas, productivo-pastorales, ideológico-interpretativas como normas o exigencias morales, está el seno dentro del cual se gestó el judeo-cristianismo, el pueblo de Israel y la Iglesia que en el siglo XV llegará a nuestra América latina.

3. Israel⁸

Recordar la historia del pueblo elegido por Dios es repasar toda la historia hasta ahora resumidamente expuesta. La más antigua tradición parte de la tercera dinastía de Ur, de donde salió Abrahán (que después será el «padre del pueblo»: *Aba-ham*, Abraham), pastor que al mando de su clan pasa por Harram. Abrahán, uno de los tantos nómadas que cruzaba el desierto en la esperanza de mejor futuro, condujo sus rebaños a tierra de arameos, para instalarse después entre los cananeos (todos semitas). Habiendo partido de Mesopotamia, al fin cae en Egipto, tierra del trigo y de la eterna abundancia. Allí existía un sistema práctico-productivo complejo. En la cima de la sociedad las clases dominantes (el faraón y su familia, sacerdotes, burócratas, militares, etc.), clases intermedias, clase campesina, y, en la base de la pirámide, los esclavos.

ESQUEMA 3.3



Los campesinos, bajo la dominación militar faraónica, debían pagar fuertes tributos de sus cosechas de trigo (flecha 1). Con ella las clases faraónicas pagaban sus ejércitos, sus templos, su burocracia, y con el excedente compraban o conquistaban esclavos (flecha a). Los esclavos realizaban los peores trabajos: canales, acequias, caminos, pirámides, templos o tumbas, etc. Estaban entonces en la situación de máxima explotación, porque los mismos campesinos, libres, daban parte de sus cosechas como tributo, pero los esclavos no tenían nada, ni sus propias manos eran propias, y mucho menos el fruto de su trabajo (flecha 2). Este tipo de totalidad práctico-productiva, en parte tributaria y en parte esclavista, era el contexto político, técnico, económico e ideológico del origen histórico de la religión de Israel como *esperanza mesiánica de liberación de los oprimidos*, de los esclavos.

Fue entonces en la totalidad histórico-concreta de Egipto, más aún que en la Mesopotamia de Abram, donde gracias a Moisés, hebreo de clase dominante egipcia, los *Bene-Israel* experimentaron el hecho histórico constitutivo de un tipo de trabajo, praxis y fe que se desarrollará progresivamente, gracias a

8. Cf. L. Baeck, *Entwicklungsstufen der jüdischen Religion*, Giessen 1927; A. Barrois, *La religion d'Israel des origines à la dispersion*, en *Histoire générale des religions*, Paris 1948, 405-446. Véase las conocidas historias de Israel.

la tradición crítica de los profetas, la religión judía y posteriormente cristiana. En su origen, esta religión se levantó contra la religión que justificaba el poder de las clases faraónicas dominantes, y declarándose atea de un tal Dios (los faraones se decían hijos del Sol, de raza divina), antifetichistas de una tal idolatría, lucharon por liberarse de los «duros trabajos» (Ex 1,13) con los que los egipcios los agobiaban, y se lanzaron a alcanzar la «tierra prometida», donde «mana leche y miel»: patria futura, de *nuevas* relaciones fraternales práctico-políticas, de *nuevas* relaciones productivas («mana leche y miel», producto del trabajo del hombre del desierto), de *nuevas* relaciones económicas (donde los miembros del pueblo ya no serían esclavos y el fruto de su trabajo les pertenecería), de *nueva* visión ideológica de la realidad: «Yahvé nuestro Dios, él es único» (Dt 6,4). «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis *mi pueblo*» (Jer 7,23).

Dios, el Otro, el Innombrable, más allá de todo sistema y del mismo cosmos, es el organizador, el creador. Esto significará una «ateización» de la naturaleza, el principio antifetichista por excelencia: ninguna creatura es Dios, ningún sistema histórico es divino. Pueblo crítico por excelencia que descubre en la historia que el Otro, el absoluto, se revela *por* «el otro» y no por los sistemas históricos: por los oprimidos, los pobres, «otros que el sistema».

La pobreza del desierto, la exterioridad de la vida urbana y su riqueza, el cara-a-cara del amor fraterno de los beduinos, les permitirá llegar a la «Tierra» (Palestina). Guiados por jefes más o menos espontáneos, los «jueces» traspasan el río Jordán y ocupan la tierra pobre, pero «propia». Sólo con Saúl, coronado rey por el profeta Samuel, las tribus israelitas logran la unidad. Cabe destacarse que el profeta tiene graves dudas contra la monarquía, en especial contra el sistema tributario, que se opone a la libertad del hombre del desierto: «Estos serán los derechos del rey... De su grano y sus viñas les exigirá tributos... De sus rebaños les exigirá diezmos. Y ustedes mismos serán sus esclavos» (1 Sam 8,11-12).

El rey exigirá servicios, ejércitos, el *sistema tributario*. El profeta en nombre de la religión de liberación del pueblo que recuerda que fue esclavo y fue liberado por su Dios, se opone a la dominación política que exige una monarquía asiática tributaria. Con David (1010-970 a.C.) el reino extiende sus fronteras en torno a su capital Ierusalaim (fundada sobre la antigua Uru-Shalim de los Iebuseos).

Desde el siglo X a.C. , este pueblo con un sentido proverbial por el recuerdo de sus tradiciones comienza a poner por escrito su historia, desde tres puntos de vista: la tradición Yahvista, Elohista y Sacerdotal. Poco después aparece un movimiento único en la historia de la humanidad: la escuela de los profetas (*nabiim*), que lentamente van perfilando la coherencia fundamental de la praxis y la teoría de todos los pueblos semitas y en especial de Israel. Israel sin los profetas hubiera sido un pueblo más. Son ellos los que se oponen a todo sincretismo con el pueblo agrario de los cananeos, y van desarrollando la lógica de la revelación mosaica proveniente del desierto (Yetro, el sacerdote del Medián, suegro de Moisés, era un hombre del desierto, pastor, pueblo uránico sin sincretismos). Desde un monoteísmo consecuente que llegará a ser creacionista, y en la lucha contra los helenistas hasta afirmarse creacionistas («de la nada»), los profetas construyen por exigencias prácticas la teología de Israel.

Contra los que se constituyen «Dioses» al oprimir al hermano, contra los que caen en la idolatría del dominar al pobre, los profetas se levantan:

¿Pero no aprenderán los injustos que devoran a mi pueblo como pan y no invocan al señor? (Sal 14,4).

Sus ídolos no son más que oro y plata, son obra de las manos de los hombres. Tienen boca y no hablan, ojos y no ven, orejas y no oyen. Manos mas no palpan, pies y no caminan (Sal 113,4-8).

Descubren los profetas que más allá del sistema (la carne; el hombre que se totaliza) está el otro: el huérfano, la viuda, el extranjero, el pobre: «Seré testigo contra los que defraudan al obrero en su jornal, oprimen a viudas y huérfanos y atropellan al extranjero» (Mal 3,5).

La exterioridad del otro se descubre desde la experiencia del «cara-a-cara» (Ex 33,11; 1 Cor 12,13). Desde la proximidad con Dios, inmediatez de la felicidad cumplida que mide toda lejanía, toda injusticia, toda la historia. El hermano respetado como otro, como hermano, como divino, es el «juicio final» de la historia.

Conquistada Ierusalaim por el babilónico Nabucodonosor en el 597 a.C., después de valiente defensa, toda la élite judía es deportada a Babilonia. Durante cincuenta años (ya que hemos dicho que Ciro los libera en el 538 a.C.), contrariamente a lo que pudiera pensarse, el pueblo judío acrecentó la coherencia de la revelación *reclbida* en la praxis del pueblo en su historia reciente de fracasos. Sus intelectuales orgánicos, los escribas, trabajaron incansablemente y lograron objetivar por escrito los descubrimientos a la luz del pecado cometido durante el período de la monarquía de Israel. El Dios de Israel deviene un Dios universal, para todos los pueblos, para todos los oprimidos. El nacionalismo de la monarquía dejaba lugar al universalismo de la liberación.

La tristeza del pasado, como la de un portorriqueño en New York:

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos, y lloramos con nostalgia de Sión. En los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. Allí los que nos deportaron nos invitan a cantar. Nuestros opresores se divierten: ¡Cántennos un cantar de Sión! (Sal 137,1-3).

Es ahora la alegría de la liberación:

¡Salgan de Babilonia, huyan de los Caldeos! Con gritos de júbilo anúncienlo y proclámenlo, publíquenlo hasta el confin de la tierra. Digan: el Señor ha redimido a tu siervo Jacob. No pasaron sed cuando los guió por el desierto, agua de la roca hizo brotar, hendió la roca y manó agua (Is 48,20-21).

De todas maneras, muchos judíos partieron a otras tierras expulsados por las continuas guerras de la región. Su espíritu de pastores nómadas los llevó a diversos territorios del mundo del Mediterráneo. En el siglo IV y III a.C., los encontramos numerosos en Egipto, Mesopotamia, Siria, Fenicia, en las Islas del Mediterráneo oriental y hasta en Anatolia (actual Turquía). Este fenómeno es denominado la *diáspora* (la dispersión), y su contenido religioso fue el judaísmo. El judaísmo se reúne en torno a la Ley, los Profetas y los Escritos (*Tanaj* es el nombre de la Biblia: cada sílaba incluye la primera letra de las tres partes de la revelación, como si fuera LPE: Ley-Profetas-Escritos). Los creyentes, lejanos del templo destruido o reconstruido de Ierusalaim, se reunían en las sinagogas en medio del mundo helenista, frecuentemente bajo

la autoridad moral y doctrinal de un fariseo -al menos en el siglo I a.C. Es decir, el judaísmo era uno de los grupos religiosos dentro del gran Imperio helenista, desde que en el 331 a.C. Alejandro había conquistado Palestina. El judaísmo sería algo así como el caldo de cultivo donde crecerá el primitivo cristianismo.

En los dos siglos anteriores a nuestra era, el pueblo de Israel vivió entonces experiencias esenciales en su desarrollo. Con el judaísmo dejó de mirar hacia el oriente y comenzó a mirar hacia el Mediterráneo, hacia el occidente. Alejandría reemplazaba a la misma Jerusalén en cuanto a importancia teológica (piénsese en un Filón de Alejandría). Los más recientes libros de la Biblia, como el de la Sabiduría o el Eclesiástico de Ben Sirah (que usó Bartolomé de las Casas en su capítulo 34), tienen influencia helenística. La guerra civil contra los invasores del Imperio seleucida, que llevaron a cabo los valientes hermanos Macabeos (de cuyo tiempo proceden los libros del mismo nombre), manifestó el nacionalismo judío. Desde el 166 a.C., Israel renace. Todo el movimiento espiritual podría definirse en dos líneas esenciales: un creciente *mesianismo* originado desde la deportación a Babilonia y que culmina con la comunidad de los esenlos de Qumrán, y un creciente *nacionalismo*, ambiguo, de tipo farisaico y zelótico. La esperanza escatológica en el reino de Yahvé se mezcla con la esperanza histórica de la liberación de Israel de la dominación helenística.

Con Herodes, colaboracionista del Imperio, Palestina gozó por algún tiempo de la unidad perdida desde Salomón. Su muerte en el 4 a.C. permite el recrudecimiento del dominio romano.

4. *La comunidad primitiva y las persecuciones*⁹

Como Latinoamericanos debemos hacernos cargo de la historia de la Iglesia en su totalidad, ya que a fines del siglo XX nuestras comunidades serán mayoritarias, como hemos dicho, en la Iglesia católica mundial. Será necesario, entonces, asumir responsabilidades estratégicas a las que debemos prepararnos.

La experiencia del judaísmo permitió al pueblo de Israel pasar de un grupo étnico y una monarquía periférica a una *comunidad religiosa* dispersa en todo el mundo helenista. Esta comunidad religiosa, al no ser ya una totalidad política, deja de tener control de los aparatos de la sociedad política (como en tiempos de la monarquía) y se retira a la sociedad civil dentro del Mediterráneo oriental. Se podría decir que en torno a los fariseos aparece un «judaísmo popular» cuya fuerza le viene de sus bases, de sus comunidades que viven su vida religiosa de espera en el Mesías en los puntos más remotos del Imperio,

El cristianismo nace en este medio; en la espera mesiánica de un Israel no exento de un cierto nacionalismo, en especial entre los meDios zelóticos o guerrilleros, más profético o escatológico entre los esenlos a los que ciertamente se ligó Juan el Bautista y el mismo Jesús de Nazaret. El cristianismo, en

9. Cf. H. Jedin-K. Baus, *Handbuch der Kirchengeschichte* I, Freiburg 1962 (ed. cast. Heder, Barcelona 1965, t. I); A. Fliche-V. Martin, *Histoire de l'église* I, escrito por J. Lebreton-J. Zeiller, Bloud-Gay, Paris 1946; J. Daniélou, *Nueva historia de la Iglesia* I, Madrid 1964, desde los orígenes hasta Nicea (p. 41-260); B. Llorca-R. García Villoslada-F. Montalbán, *Historia de la Iglesia católica* I, Madrid 1964.

la misma tradición del pueblo que retornó de la cautividad y que luchaba contra el helenismo, dará mayor coherencia a la interpretación de la existencia y por ello mayor importancia a la praxis y el trabajo liberador .

La «fe de la secta cristiana» (Hech 28,22) se apoya en una visión y experiencia unitaria de la corporalidad humana: «Lo que ha nacido de la carne (*sarx, basar*) es carne, y lo que ha nacido del Espíritu (*pneuma, ruaj*) es Espíritu» (Jn 3,6). El hombre no es un cuerpo-alma, siendo lo divino el alma y el cuerpo lo despreciable, el origen del mal. Por el contrario, el hombre es *uno*, existencia carnal con exigencias materiales. Por ello el cristianismo radicaliza como criterios absolutos del juicio final de la historia de la humanidad y de cada persona el cumplimiento del servicio *carnal* del otro: «Tuve hambre y me dieron de comer, era forastero y me hospedaron, estuve desnudo y me vistieron» (Mt 25,35).

El comer, habitar y vestir son las tres exigencias fundamentales de la corporalidad material, de la carnalidad humana¹⁰, y son, al mismo tiempo, los criterios *absolutos* del juicio de Dios sobre la historia.

El cristianismo radicaliza así el amor al hermano como amor al otro, el distinto, al extraño, pero como amor real, histórico, material: por medio del servicio a través del producto del trabajo. Dar de comer *pan*, hospedar en una *casa*, vestir un *vestido*. El pan, casa y vestido son productos del trabajo del pueblo. Pero en el centro de la carne está la vida. El comer da la *vida*. Sin alimento es la muerte. La muerte es real, concreta, material. No se afirma la inmortalidad del alma sino la resurrección del hombre, de la carne:

Así la resurrección de los muertos se siembra en cuerpo viviente y renace en cuerpo espiritual. Si existe un cuerpo viviente existe también un cuerpo espiritual. Adán fue un alma viviente; el último Adán es un Espíritu vivificante. El primer hombre viene de la tierra terrestre. El segundo viene del cielo (1 Cor 42.50).

El cuerpo viviente, anímico o animal es la creatura fuera de la alianza. El cuerpo vivificado por el Espíritu es la creatura en la alianza, en el pacto con Dios, en el pueblo elegido. La dialéctica se establece entre el orden del Príncipe de este mundo y el Reino (no entre el cuerpo y el alma). No hay dualismo: hay distinción de dos «bandos» en la lucha de la historia. Por ello Santiago escribe: «Si tienen un corazón con celo amargo y un temperamento de discordia, esto no procede de la sabiduría que viene de arriba, sino que es terrestre (*epígelos*), psíquica (*psyjike*), demoníaca» (3,14). Lo «anímico» o «psíquico» es idéntico a satánico, terrestre, pero nada tiene que ver con lo corporal, material.

Es por ello que en la «plenitud de los tiempos» el «Verbo se hizo *carne*» (Jn 1,14) y no cuerpo (error en el que cayó una conocida herejía), y por ello nunca se afirmó la resurrección «del cuerpo», sino «de los muertos» o «de la carne» en todos los primitivos símbolos de los apóstoles o credo.

En efecto, Jesús hijo de María debió nacer en torno al 7 a.C., y morir entre el 30 y 33 d.C. Fue un humilde rabí (maestro) que reunió en torno de sí a un reducido número de discípulos, con los que convivió poco tiempo (un máximo de cuatro años). En difícil coyuntura histórica se relacionó con grupos de pobres, enfermos, oprimidos de Israel. Criticó a los opresores, a los ricos, a

10. Sobre el concepto de «carnalidad» -de *basar* en hebreo-, véase mi obra *El dualismo en la antropología de la cristiandad*, Buenos Aires 1973.

los sacerdotes del templo y, habiendo sido acusado ante el Sanedrín de proclamarse el Señor, y ante el poder invasor de los romanos como quien «rebela el pueblo» contra el César, fue al fin crucificado junto a celotes (guerrilleros nacionalistas judíos anti-helenistas y anti-romanos). En el instrumento de tortura para hacer más insoportable su muerte por asfixia y hemorragia, la cruz, le colocaron una acusación política: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos».

De inmediato se organiza una comunidad en Ierushalaim. La persecución de Herodes Antipas primero y posteriormente la destrucción de la ciudad santa por Tito en el 70 d. C. , lanza al cristianismo a la evangelización del Mediterráneo y sus costas (empresa que cumplirá hasta fines del siglo XV, con la «muerte» del Mediterráneo por el «nacimiento» del Atlántico norte). Mientras tanto, la comunidad de los santos de Ierushalaim se refugió más y más en un estrecho nacionalismo, huyó por último a Pella, y llegó a ser, según parece, una comunidad heterodoxa (la secta *ebionita*).

Por el contrario, el cristianismo creció gracias a la pastoral de base de la comunidad de Antioquía, creada en cierta manera por profetas entre los que destaca Bemabé, y del que será su más genial propagandista Pablo de Tarso. En Antioquía «la secta de los cristianos» recibió prosélitos no judíos en las comunidades de base, y los «helenistas» tuvieron responsabilidades de liderazgo. Será Corinto donde Pablo ensayó por primera vez una pastoral misionera no judía: formó una comunidad con paganos que no conocían la sinagoga. Su método, anteriormente, había consistido en predicar la Buena Nueva de Jesús de Nazaret en la sinagoga. Muchos judíos se escandalizaban; pero otros le seguían. Con ellos fundaba la comunidad cristiana de base, popular , de clases oprimidas dentro del Imperio indoeuropeo.

De inmediato los romanos descubren la existencia de esta extraña y nueva comunidad de creyentes nacida en el seno del judaísmo. Pablo muere en torno al 66 d.C., martirizado en Roma, probablemente en relación con la persecución de Nerón. Por su parte Dominicano (93-95 d.C.) lanzará una nueva persecución, la que dará ocasión al autor del *Apocalipsis* a explicar a los cristianos, en la primera gran *teología política*, el por qué de la acción represiva del Estado romano (la Bestia), que tiene en la historia la fuerza de Satán (el Dragón), contra los pobres, los oprimidos, los mártires y los santos que constituyen la corte del Cordero degollado y que construyen con su sangre la Ierushalaim celeste, el Reino. En América latina, a fines del siglo XX, comprendemos exactamente esta teología, claro que el Imperio ahora no es el romano, pero es la misma Bestia, el mismo Dragón, y la misma Ierushalaim celeste. No muere Pablo de Tarso, muere ahora Oscar Arnulfo Romero de San Salvador. La diferencia consiste en que los romanos eran paganos, mientras que los emperadores y los soldados ahora en América latina son cristianos: «Llegará el día en el que todo el que les quite la vida creará rendir culto (*latreían*) a Dios» (Jn 16,2).

La situación latinoamericana es todavía de mayor escándalo que en el primer siglo. Los que asesinan a los cristianos comprometidos con los pobres lo hacen no sólo en nombre de «Dios» (como lo presagió Jesús), sino en nombre de «Jesucristo» -ya que son cristianos y lo hacen para salvar el «orden cristiano».

En esos cortos decenios, desde la muerte del Cristo, el *Ungido* «para evangelizar a los pobres» (Lc 4,18), hasta el fin del primer siglo, se escribió

todo el nuevo testamento, se organizaron comunidades de base a lo largo de todo el Mediterráneo, se estructuraron las instituciones fundamentales eclesiales como, por ejemplo, las costumbres relatadas en la *Didajé*. Cuando al comienzo del siglo II escribe un Clemente romano, un Policarpo de Esmirna, el cristianismo se había implantado firmemente en Anatolia (Turquía), en Palestina y Egipto.

Los cristianos formaban sus comunidades de base entre las clases oprimidas, sólo entre ellas. Un hombre rico, de las clases dominadoras, al convertirse al cristianismo perdía sus derechos, sus prerrogativas: era despreciado, considerado un quintacolumnista, traidor al Imperio. Por ello, de inmediato, los cristianos fueron considerados como críticos del Imperio. En efecto, con los apologistas comenzaba la primera y fundamental de las críticas, *la crítica a la religión* dominante, que justificaba el sistema tributario (que dominaba a los campesinos libres y pueblos dominados y periféricos como Israel) y esclavista. Los cristianos no se oponían frontalmente, pero de todas maneras, fueron acusados de *ateos* por no aceptar ningún «Dios» romano, menos aún el «Dios» político del César:

¿Por qué ponen empeño, oh griegos -dice Taciano entre el 170 al 172 d.C. en su obra *Discurso contra los Griegos*¹¹ -en que como una lucha de pugilato choquen contra nosotros (los cristianos) las leyes del Estado? El emperador manda que se le paguen tributos y estoy dispuesto a pagarlo; mi amo me ordena que le esté sujeto y le sirva como esclavo, y reconozco mi esclavitud.

Obsérvese que todavía no hay crítica a la totalidad práctico-productiva tributaria o esclavista, porque se trata de una lucha ideológica para socavar la justificación misma de la totalidad histórico concreta del Imperio:

Sólo si se me manda negar a mi Dios, no estoy dispuesto a obedecer, sino que moriré antes. Nuestro Dios no tiene principio ni fin en el tiempo, siendo él solo un principio. Por su creación lo conocemos. El sol y la luna fueron hechas por causa nuestra. Luego, ¿cómo voy a adorar a los que están a mi servicio? ¿Cómo voy a declarar por Dioses a la leña y a las piedras?¹².

Este era el principio del *ateísmo* cristiano. *Ateos* de todos los Dioses romanos fueron declarados enemigos del pueblo romano y conducidos repetidas veces a los circos, a la muerte. *Ateos* de todos los Dioses romanos, del Dios Marte de la guerra, de la *Terra Mater* de los agricultores, de todos los Dioses. Si se perdía una batalla los cristianos eran culpables por no haberse condecorado con el Dios Marte. Si había una mala cosecha los cristianos eran los culpables por no haber rendido culto a la Tierra Madre. En la «lógica» de la religión del Imperio los cristianos eran vistos como subversivos: como los que ponen abajo lo que está arriba, y arriba lo que está abajo. María de Nazaret ya lo había anunciado:

Desbarata los planes de los soberbios,
derriba del trono a los poderosos
Y exalta a los humildes,
a los hambrientos colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos (Lc 1,51-53).

11. Cf. edición castellana de Ruiz Bueno, Madrid 1954.

12. *Oratio adv. Graecos*, 4; *ed. cit.*, 577.

Al haber proclamado Jesús «bienaventurados los pobres» (Lc 6,20) había declarado maldito el sistema que los produce. Por el contrario, la moral del *Rig Veda*, habiendo declarado malditos a los que no cumplen el «orden» del sistema (los *parias*), había sacralizado el sistema de dominación. Jesús de Nazaret, al contrario, al bendecir a los oprimidos maldijo a los sistemas que producen los pobres. Los romanos comprendieron el sentido del cristianismo y por ello, lógicamente, lo persiguieron sin cuartel.

Nació así una *Iglesia de los pobres*, una comunidad de los *convocados* entre los que tenían en el imperio los peores trabajos, los pobres, los miserables:

Entre nosotros se da la ambición de gloria y por eso no seguimos la multiplicidad de doctrinas. Entre nosotros piensan (*filosofóusi*) no los ricos, sino los pobres. Todos los hombres que desean descubrir el sentido de la existencia acuden a nosotros que no examinamos las apariencias ni juzgamos por su figura a los que se nos acercan... Tales cosas, oh helenos, que he compuesto para ustedes yo Taciano, que profeso esta -filosofía bárbara (*barbárou filosofías*), nacido en tierra de asirlos, formado primero en su cultura y luego en las doctrinas que ahora proclamo¹³.

Esta era la experiencia de aquellas comunidades de base en el imperio dominador. El cristiano, entre los pobres, tenía conciencia de fundar un mundo nuevo, opuesto al anterior, a partir de los oprimidos, de los bárbaros, de los esclavos.

Es que esta religión, nacida entre los pastores del desierto, afirmada por la experiencia de la liberación de los esclavos en Egipto, habiendo soportado el cautiverio en Babilonia y la humillación de la diáspora, tenía por fundador a Jesús, nacido en clase de humildes y oprimidos trabajadores manuales en la lejana Galilea de los gentiles -ni siquiera en la Ierushalaim rica y llena de grandes letrados-, en la periférica Palestina que había comenzado formalmente a ser colonia romana en el momento de su nacimiento (Lc 2,1-3: «era el primer censo que se hizo siendo Quirino gobernador de Siria... »), esta religión crecía ahora en el Imperio también entre pobres perseguidos.

Ciertamente las exigencias cristianas no eran puramente ideológicas, al nivel de las creencias, ideas, filosofías. Las exigencias cristianas de amor al hermano pobre y oprimido significaban una transformación fundamental de las estructuras del *trabajo* mismo, de las relaciones económicas y políticas. Era el inicio de una nueva era histórica. Desde su origen las comunidades de base despertaban admiración:

Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y señales que los apóstoles realizaban. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos según la necesidad de cada uno. A diario frecuentaban el templo en grupo, repartían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón, siendo bien vistos de todo el pueblo (Hech 2,43-47).

Estos relatos, originarlos y al mismo tiempo de utopía futura que moverá para siempre a los cristianos a través de todas las edades históricas hasta la parusía, era ciertamente la causa de la represión política del Imperio.

En el 64 d. C. es Nerón el que comienza persiguiéndolos en Roma. En el 70 Tito toma Ierushalaim. Fueron tantos los mártires y las persecuciones (como las hay en América latina hoy), que sólo citaremos algunas para refrescar

13. *Ibid.*, 32, 35 y 42; p. 615-628.

nuestra memoria de militantes. En el 161-169 d.C. se vive el martirio del obispo Policarpo de Esmirna; del 163 al 167 el martirio de Justino en Roma; del 175-177 se cumple el martirio de los testigos de Lyon. En el 197 Severo promulga el edicto prohibiendo el proselitismo cristiano. En el 235 el papa Ponciano es expulsado al exilio; para llegar al edicto la persecución de Decio en el 249-250, con el martirio, entre miles, del papa Fabián. Nueva persecución en el 257-258, con el martirio, entre otros, del papa Sixto II, y el obispo Cipriano de Cártago.

Al comienzo del siglo IV, del 303 al 304 el emperador Diocleciano, en gesto desesperado, al ver la magnitud del hecho cristiano, lanza la última gran persecución. En el 305 abdica y divide el Imperio en cuatro partes, nombrando en cada una de ellas a un César. Uno de ellos será Constantino.

Esta etapa de la «Iglesia de los mártires», tiene para América latina la mayor importancia. En una obra *Praxis del martirio*¹⁴ se dedican 50 páginas al estudio de la Iglesia de los pobres perseguida primitiva. Allí se dice: «El estudio de la Iglesia de los mártires deja de ser para nosotros un mero recuerdo emocional de los héroes cristianos de otros tiempos. En América latina ya no podemos hablar de ellos únicamente con veneración piadosa. Los acontecimientos que se han precipitado en la última década, las perspectivas que se acumulan en el horizonte, aconsejan oración, discernimiento y nueva estrategia eclesial»¹⁵.

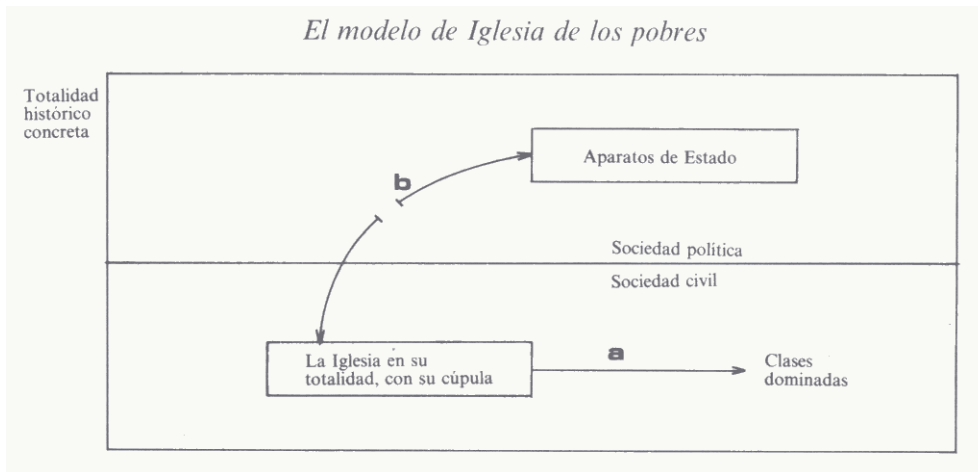
En efecto, no hay otra etapa de la historia de la Iglesia universal tan importante para la Iglesia latinoamericana hoy como la Iglesia de los mártires. Estamos en el inicio de una nueva edad histórica. La Iglesia, dejando el «modelo» de cristiandad -que nos ocupará en la próxima sección-, debe retornar a un modelo de Iglesia de los pobres. Y bien, nunca hubo un ejercicio de este «modelo» de manera tan perfecta como en la Iglesia de los mártires. En ese tiempo la pastoral eclesial no podía pretender ejercer la evangelización a través de los aparatos del Imperio romano que le era hostil. En el corazón de la sociedad civil, junto al pueblo, a los oprimidos, la Iglesia abrió un «espacio» de utopía, de esperanza, de prácticas profundamente transformadoras. Las relaciones hombre-hombre (relaciones prácticas) eran subvertidas por el mandamiento del amor al hermano, al pobre, al enfermo, al oprimido. Las relaciones hombre-naturaleza (relaciones productivas) eran radicalmente cambiadas: la naturaleza no era divina ni objeto de culto, sino mediación para producir el *pan* para el hambriento, la *casa* del forastero, el *vestido* del desnudo. Una nueva economía nacía (relación práctico-productiva): el poner al servicio del pobre, del bárbaro, de los germanos que ya golpeaban las fronteras del Imperio, el producto de un trabajo ante una naturaleza desfetichizada, de un Imperio desfetichizado, de un hombre presto a fundar una nueva edad histórica, la primera edad orientada por el cristianismo (aunque nunca podrá confundirse con él).

Es decir, los cristianos de la Iglesia primitiva, de la Iglesia en los tiempos de la persecución, optaron por un «modelo» de Iglesia, un «modelo» de las relaciones de la Iglesia con el Estado (la sociedad política) y con el pueblo (la sociedad civil). Permítasenos representar dicho modelo de la siguiente manera:

14. Edición CEPLA, Bogotá 1979.

15. *Ibid.*, 167.

ESQUEMA 3.4



La Iglesia efectúa de manera directa (flecha a) su acción pastoral en medio de los pobres, ciudadanos oprimidos, campesinos, marginados, esclavos, pueblos periféricos, coloniales. Sus comunidades de base se propagan aún en medio de la represión de los aparatos del Estado, y nunca contando con su apoyo. Por el contrario, hay oposición (flecha b) entre la Iglesia y el Estado. Esta oposición profética, crítica, le permitió a la Iglesia, *desde los pobres del Imperio*, efectuar la evangelización más perfecta que haya jamás realizado. Desde la pobreza, ve la impotencia política y económica, desde los oprimidos, brilló el evangelio de Jesús de Nazaret como nunca. Fue un evangelizar a los pobres desde los pobres; fue una Iglesia de los pobres.

Iglesia de los mártires, Iglesia oprimida, Iglesia de los pobres, Iglesia perseguida porque estaba comprometida con la esperanza utópica de los esclavos, campesinos, marginados de las ciudades. Iglesia modelo para la América latina de fines del siglo XX y comienzo del siglo XXI. La *historia magistra vitae* lo es hoy más que nunca.

II. LAS CRISTIANDADES¹⁶

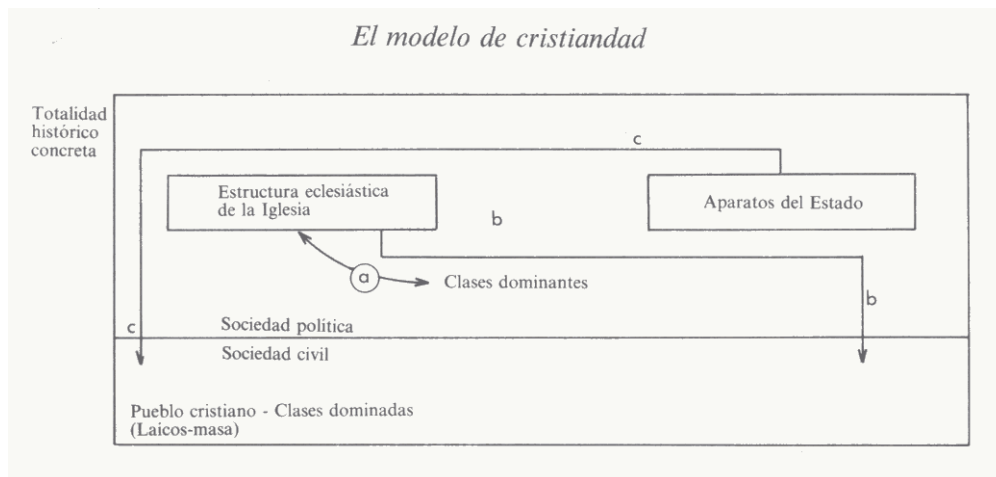
Es imposible dar mayor importancia a la etapa en la que nos internamos: la constitución de la cristiandad como modelo de relación Iglesia-mundo, Iglesia-Estado, Iglesia-historia. Todo comenzó en aquel 280 d.C., cuando Tiriatés, rey

16. Cf. Fliche-Martin, *Histoire de l'église* III, el tema de *De la paix constantinienne*, por J. Palanque-G. Bardy-P. de Labriolle, Paris 1950 (en los tomos siguientes se trata todo el tema de las diversas cristiandades); M. d. Knowles-D. Obolensky-C. A. Bouman, *La Iglesia en la Edad Media*, en *Nueva historia de la Iglesia* II, 1977 (H. I. Marrou, había tratado el tema *Desde el Concilio de Nicea* en adelante, en vol. I, p. 261-496); en el *Handbuch* de Jedin se ocupa sobre el tema en los tomos II y III. Para la cristiandad *armenia* en particular véase artículos en *DTC* I (1903) col. 1188 s., y en *Dict. d'Histoire et de géograph. Ecclesiast.* IV, 1930, col. 294 s.; F. Tournebize, *Historie politique et religieuse de l'Armerie*, Paris 1910; Fliche-Martin, *o. c.* III, 489 s. Para la cristiandad de los *Coptos*, cf. E. A. Wallis Budge, *A history of Ethiopia*, London 1928; J.

de Armenia, se convierte sinceramente al cristianismo y con él todo su pueblo. Nació así la primera cristiandad, la de Armenia, que tendrá una larga historia que todavía se interna en pleno siglo XX. Sin embargo, el hecho mayor tendrá como protagonista a Constantino, nombrado César por Diocleciano en el 305 d.C., pero proclamado emperador en Breña en el 306. Constantino tiene la ambición de llegar a ser el único emperador del Imperio unificado. Su meteórica carrera tiene estas etapas: desde el 306 hasta la batalla de Puente Milvio («con este signo vencerás» del 312), a pesar del edicto de tolerancia al cristianismo por parte de Galerio, el César de las Galias domina Italia y occidente. Licino, en la batalla de Tzirallum, domina oriente desde el 313. En la batalla de Andrinópolis, Constantino vence a Licino en el 324. Como único emperador convoca el primer concilio ecuménico en Nicea en el 325, y funda Constantinopla en el 330. Muere en el 337 habiendo fundado las estructuras políticas que se irán formalizando como un «modelo» de cristiandad.

Nos detendremos un momento para explicar resumidamente en qué consiste el «modelo» de *cristiandad*. Se trata del nombre que se le dará a la totalidad histórico-concreta, tanto política, ideológica y económica, que tiene a la Iglesia por último fundamento de justificación del sistema, y donde la Iglesia usa a los aparatos del Estado como mediaciones obvias para cumplir su labor pastoral. La Iglesia, la cúpula de la Iglesia (sus agentes pastorales hegemónicos: obispos, sacerdotes, monjes, etc.), establece una alianza (sin mayor conciencia frecuentemente) con las clases dominantes y se sitúa dentro de la sociedad política. Desde dicha alianza y a través de los aparatos del Estado organiza su presencia sacramental, a veces sacramentalista, en la sociedad civil, en el pueblo. Podríamos representar al «modelo» aproximadamente de la siguiente manera:

ESQUEMA 3.5



B. Coulbeaux, *Histoire politique et religieuse de l'Abysinie*, Paris 1929. Para la cristiandad rusa véase Fliche-Martin, o. c. VII, 1944, 440 s. (escrito por E. Amann-A. Dumas). Para la cristiandad polaca considérese Fliche-Martin, vol. VII, 1948, 387 s, y en vol. VIII, 1950, 479 s; además K. Völker, *Kirchengeschichte Polens*, Berlin-Leipzig 1930 y W. Reddaway, *History of Poland I-II*, Cambridge 1950-1951.

En la etapa de la Iglesia de los mártires, Iglesia de los pobres, como hemos visto, la estructura eclesiástica de la Iglesia se situaba en la sociedad civil y entre las clases dominadas. No podía pretender usar al Estado (el Imperio romano) como mediación de su acción pastoral.

Todo cambiará cuando los reyes, emperadores, líderes de algunos pueblos se conviertan al cristianismo, no sin intereses políticos para justificar ante el pueblo (la sociedad civil) el poder del Estado, logrando la unidad de la totalidad concreta (el Imperio, la monarquía, etc.). El Estado usará (con conciencia o sin ella, la cuestión no tiene importancia) a la Iglesia como una mediación para justificar su dominación, manipulación, control sobre el pueblo (flecha c). La coronación del rey (que se realizó entre visigodos en España, por ejemplo, y después en el Sacro imperio germánico) por parte de obispos o papas, es dar a la monarquía una significación divina, «autoridad procedente de Dios». ¿Quién puede rebelarse ante un tal príncipe?

Por su parte la Iglesia, sus estructuras eclesiásticas, su cúpula, usará los aparatos del Estado (flecha b) para efectuar sus labores propias. El Estado levantará basílicas, templos catedrales; pondrá al servicio de la Iglesia sus ejércitos para combatir herejes; pagará los gastos de los sínodos y concilios. Por otra parte, la cúpula eclesial establecerá una alianza (con o sin conciencia) con las clases dominantes: la burocracia del imperio, los comerciantes, los señores feudales, los líderes guerreros germanos, etc. Desde esta posición hegemónica en la sociedad política (flecha a) considerará al pueblo como una «masa cristiana» de *laicos* a los que hay que educar, conservar y dirigir como niños, como objetos de doctrina, de catecismo. La constitución del «modelo» de cristiandad no sólo define al pueblo como objeto *pasivo* sino que autoconcibe a la Iglesia *clericalmente*. La cúpula de la Iglesia se identifica con la Iglesia como totalidad.

Este «modelo» eclesial entrará en crisis con el triunfo de la burguesía en la edad moderna, pero nacerán nuevos modelos de cristiandad hasta nuestros días. La cuestión es de fundamental importancia para una historia de la Iglesia en América latina.

LAS CRISTIANDADES DEL SIGLO IV AL SIGLO X

A. Cristiandad Armenia

1. Dvin
2. Valarschapat
3. Manazkert
4. Sebaste

B. Cristiandad bizantina

1. Constantinopla
2. Nicea
3. Nisa
4. Nacianzo
5. Nísibe
6. Edessa
7. Antioquia
8. Damasco

9. Cesarea
10. Jerusalén
11. Alejandria
12. Ptolomais
13. Cirene
14. Efeso
15. Atenás
16. Tesalónica
17. Rávena
18. Venecia

C. Cristiandad Copta o Etíope

1. Massaua
2. Adulis
3. Axum

4. Lalibela
5. Meroe
6. Kusch
7. Dongola
8. Kordofan
5. Milán

D. Cristiandad rusa

1. Kiev
2. Smolensk
3. Novgorod
4. Moscú

E. Cristiandad polaca

1. Gnessen
2. Posen
3. Krakovia

F. Cristiandad latino-germana

1. Roma
2. Nápoles
3. Amalfi
4. Génova
6. Marsella
7. Lyon
8. Trier
9. London
10. Poitiers
11. Toledo
12. Córdoba
13. Tingitanum
14. Hipona
15. Cártago

B: El Mediterráneo Oriental griego
F: El Mediterráneo Occidental latino

ESQUEMA 3.6



1. *Las cristiandades orientales*

Por deformación occidentalista de interpretación histórica tendemos en América latina a despreciar el oriente cristiano. Sin embargo, fue allí que nació nuestra Iglesia; fue allí que tuvo su primer esplendor y fue también allí donde se demuestra la debilidad del «modelo» de cristiandad. Las cristiandades orientales hicieron posible la desaparición de muchas experiencias cristianas en los reinos persas, árabes, hasta en la India y por toda la estepa hasta la China. La identificación del cristianismo con las cristiandades, constituyó a los cristianos de otros reinos como enemigos geopolíticos, y su destrucción y persecución fue la inmediata réplica.

a) *La cristiandad bizantina (del 330 al 1453)*

Es única en su tipo. Es una cristiandad césaro-papista o donde el Estado, el emperador, juega, en realidad, la función de última instancia en la dirección de la Iglesia. Proponía y sacaba patriarcas; los expulsaba como a san Juan Crisóstomo; los reemplazaba. Convocaba los concilios y los disolvía. El Estado estaba sobre la Iglesia (no así en la cristiandad latino-germana, como ya veremos).

Bizancio o Constantinopla tuvo una estructura económica mercantil urbana, por ello pudo resistir todavía del 1347 hasta el 1453, sin ningún horizonte rural, totalmente rodeada por turcos y con la sola protección de su milenaria muralla. Durante más de mil años, en efecto, organizó un imperio comercial que unía en el Mediterráneo oriental al mundo antiguo (desde las caravanas de la estepa en contacto con la China y la India, hasta Persia, Palestina y el Nilo). La clase dirigente era urbana; hombres de la corte, mercaderes, obispos y monjes, pequeños clérigos, profesores, que con el griego unifica el mundo ortodoxo. Toda la prosperidad estaba basada en el comercio; ciertamente había agricultura tributaria en Grecia y Anatolia; había esclavos, pero el comercio lejano daba a esta totalidad histórico concreta su carácter ecuménico, mercantilista, ciudad que en el 447 había construido una muralla de nueve metros de altura, cien torres de veinte metros, casi un millón de habitantes, una flota invencible (contra la que se estrellaron los árabes). Era la «nueva Roma» (los árabes llaman a los bizantinos hasta hoy los *rumi*: romanos). Pocas veces el cristianismo se identificó tanto con un Estado y sucumbió con él.

El 11 de mayo del 330 d.C. Constantino inauguraba su ciudad junto a la cristiana Anatolia, y lejos de la pagana Roma. Dividió su imperio en cuatro prefecturas (Oriente, Iliria, Galia e Italia con el norte de África), en catorce diócesis (división política) y 119 provincias. Constantinopla luchará por el norte con los godos (visigodos y ostrogodos), con los avaros movilizados por los hunos, con los búlgaros y los varengos (los primeros rusos de origen vikingo); al este con los persas y los árabes. Llegará con Justiniano (527-565) a su máximo esplendor, consolidando sus fronteras desde Andalucía y Tánger, hasta el reino de los vándalos en el norte de África, Italia de los ostrogodos y parte de Yugoslavia, y Oriente (Egipto, Palestina, Turquía, Grecia). Con Heraclius (610-641), el Imperio bizantino llegará hasta el Eufrates. Sin embargo, con el avance de los árabes el imperio comenzará a disminuir. Aunque infligieron una notable derrota a los musulmanes en el 718, perdieron todo

África, Palestina y poco a poco la misma Turquía. Con la dinastía macedónica (687-1057) la coexistencia con el califato de Bagdad queda asegurada.

La teología llega a su máximo esplendor en la mayor universidad del mundo, la de Constantinopla. El Imperio recuperó nuevamente Armenia, y poco después Creta y Chipre. Sin embargo, un nuevo y temible enemigo, los turcos (pueblo siberiano guerrero), conquistan Armenia (1063-1072) y avanzan en la actual Turquía. Por último, en la cuarta cruzada de los latinos, éstos, traicioneramente, toman por primera vez Constantinopla el 17 de julio de 1203, ocupándola injustamente hasta el 1261. Sitiada por Bajazet en el 1399, cayó en manos de los turcos el 6 de abril de 1453.

La Iglesia bizantina, que de manera estructural justificará siempre al imperio (desde su bello e imponente *Pantokrator*, el Cristo crucificado sin clavos, con ojos abiertos y sin dolor) y se identificará con sus intereses (por ello en Oriente ser bizantino o cristiano es lo mismo, ante persas o musulmanes), fue el horizonte de insignes momentos de nuestra fe ecuménica. En su suelo se realizaron los ocho primeros concilios ecuménicos (desde el primero en Nicea en el 325, hasta el octavo en Constantinopla en el 869-870). El monacato nació con Antonio (que muere en el 356 en Egipto). Sus teólogos (Los así llamados «padres de la Iglesia» oriental), los Gregorio de Nisa, Gregorio Nacianceno, San Basilio, fueron fruto de un pensar desde el método platónico la praxis cristiana de su época a la luz de la fe. Ellos expresaron en griego, en los concilios, la primera concepción metódica de la ortodoxia católica.

Quizá una de las mayores obras de la cristiandad bizantina fue su obra misionera, entre los pueblos esclavos, húngaros, fineses y otros. Todo comenzó con los dos hermanos Cirilo y Metodio, que habiendo estudiado en la universidad constantinopolitana, evangelizaron la región de los Khazares en el 860. En el 863 fueron designados para instruir en la fe ortodoxa a los súbditos del príncipe Rostislav, de la Gran Moravia. Originarios de Tesalónica, conocedores del griego y del eslavo, tradujeron el evangelio a esta última lengua, inventaron un alfabeto semejante al bizantino para los eslavos, practicaron una liturgia bizantina reformada, formaron un clero eslavo nativo. Abrieron entonces la Iglesia bizantina a la Europa oriental. Los búlgaros, enemigos irreconciliables de los bizantinos, fueron igualmente evangelizados desde el 864, por mandato de Tzar Boris. Poco después, como veremos, serán evangelizados los rusos.

Cuando Bizancio perdía el Mediterráneo oriental, la Iglesia ganaba para la tradición cristiana la Europa oriental. En poco tiempo la fe, y con ella su arte, su cultura, llegaba hasta el Báltico, por el principado de Novgorod. Estamos en el siglo de oro de la cultura bizantina. La universidad produce el llamado «segundo helenismo» (*helenismós deúteros*). Fotius era el prototipo del humanista bizantino. Teófilo, el admirable arquitecto. Juan el Gramático, el mejor retórico. En Athos el movimiento monástico produce una reforma profunda y la teología llega a sus mejores días.

De todas maneras fue una Iglesia con el más claro «modelo» de cristiandad, identificada con los aparatos del Estado, justificó siempre sus acciones y usó sus instrumentos para los fines eclesiales. La Iglesia ortodoxa casi desaparecerá con el Estado bizantino. Es el trágico destino de una cristiandad que de todas maneras cumplió una función histórica: como una valla, como un muro, permitió que crecieran bajo su protección otras experiencias cristianas.

b) *Las cristiandades copta y armenia*

Con personalidad propia se originaron en oriente otras cristiandades, las menores, que recorrieron caminos oscuros y renacen en el presente. Hemos dicho que en el 280 se convertía al cristianismo el rey Tirídates de Armenia, medio siglo antes de la fundación de Constantinopla. Por su parte la floreciente cristiandad del Egipto, en torno a Alejandría que ya en el siglo II tenía numerosas comunidades cristianas, se fue expandiendo hacia el sur, hasta el día en que los reyes de Axum, Ezana y Sezana aparecen ya como cristianos en el 336 d.C.

La Armenia fue entonces la primera cristiandad. Entre el mar Negro y el mar Caspio, junto al río Araxes florecieron las iglesias metropolitanas de Valarschat y Dvin en diversas épocas.

En el 365 efectuaron el primer concilio nacional armenio; en el 491 pasan al monofisismo. Durante épocas dependieron del imperio bizantino, después de árabes y turcos. Fue una cristiandad heroica, de santos y mártires, numerosa, donde su Iglesia se identificó a la nación.

De la misma manera, la cristiandad copta o etíope, desde que en el 333 Ezana se convierte al cristianismo, y, sin interrupción hasta el presente, conservan su tradición. A través de los siglos pasarán muchas vicisitudes. El antiguo reino de Axum, con su puerto de Adulis al mar Rojo, pervivió a su fe aunque toda la cristiandad egipcio-alejandrina quedó en manos de los árabes en el 618. Aislada de todo contacto exterior (de Egipto y Bizancio), la Iglesia copta desarrolló su espiritualidad esotérica, su teología propia y su vida monástica. En el siglo VI existían en la región tres reinos cristianos (Nobatia, Dongola y Aloa). Sabemos que en el 1123 una misión abisinia viajó a Roma para visitar al papa Calixto II, en nombre del rey cristiano Lalibela. Desde el 1270 se abre un período clásico de la dinastía Zaué. El autor es el monje Tekla Haimanot. Zara Jacob (1434-1468) fue igualmente un gran reformador. Como llegaron a occidente misiones de estos reyes se formó la leyenda del «preste Juan», fabuloso soberano de oriente. Roma envió un emisario, Battista d'Imola, que llegó a Etiopía en 1482.

Si se reúnen estas noticias con las que Marco Polo traía de cristianos en el Extremo Oriente, podemos entender la tradición que se inicia en el siglo XVI en América latina, sobre la llegada del apóstol Tomás o san Bartolomé a América en tiempos de los mismos discípulos del Señor.

El reino de Etiopía volverá a tener contacto con la cristiandad latino-germana gracias a los navegantes portugueses en el siglo XVI, ya que desembarcan en Massaua en 1520.

No podemos olvidar, claro que no como cristiandades sino como comunidades cristianas populares, perseguidas, misioneras, las Iglesias en el Imperio persa, con su patriarca en Nisibis y en Seleucia-Ctesiphon en el siglo V, en Karka o en Laphat (todos junto al Tigris), con decenas de obispados y millares de comunidades. Tampoco debemos olvidar las comunidades que se extendieron hasta el valle del Indo y que fueron a vivir al sur de la India (el culto Malabar), que fue interpretado en el siglo XVI latinoamericano como un momento del viaje de Tomás a América. O las Iglesias nestorianas en todas las estepas euroasiáticas hasta llegar al Gobi y a la misma China, con obispados en Sarai, Samarkand, Almaligh, y hasta constituir un verdadero reino cristiano

entre los Ongüt, que tenía por capital Olon-Sûme en el siglo XII. Cuál no sería la sorpresa de los cristianos latinos al descubrir que los consejeros de Gengis Khan eran nestorianos.

Algún día se conocerá la riqueza infinita de la fe cristiana vivida en condiciones de gran pobreza, lejos de todo control del poder, en la humildad y el martirio de todas esas comunidades al este de los límites del Imperio bizantino.

2. *Las cristiandades eslavas*

Al norte del imperio bizantino, en regiones donde nunca los romanos ni bizantinos extendieron su poder político, la evangelización sin armas convirtió a pueblos enteros. Queremos sólo recordar dos cristiandades que es bueno no olvidar a los fines de una historia de la Iglesia latinoamericana.

a) *La cristiandad rusa*

La Iglesia rusa, corazón del Imperio del mismo nombre, nace en el contexto de una totalidad histórico-concreta que se organiza siguiendo una línea de sur a norte que partiendo con el río Dnieper sobre el mar Negro, llega primero a Kiev, después a Smolensk y por último en el norte a Novgorod. Esta línea fue la que siguieron los normandos que partiendo del Báltico, por los ríos Memel, Duna y por la ciudad de Novgorod siguieron hacia el sur y tuvieron la valentía de sitiar a Constantinopla el 18 de junio del 860. Estos vikingos, comerciantes, se les denominó varengos (*war* significa en alemán mercancía, *vaeringjar* en escandinavo, *varjag* en ruso). Fueron los normandos los que supieron organizar Estados, fundar ciudades. Es posible que Roerek, que destruyera en parte París e Inglaterra, de regreso a Dinamarca conquistó Novgorod con el nombre de Rurik. Por su parte Hoskuld y Dyri se impusieron sobre Kiev, y unieron los ríos Lovat y Duna con el Dnieper. Se estableció así la vía acuática entre el Báltico y el mar Negro.

Los eslavos se encontraban confinados en una estrecha franja que tenía al norte límite con los fineses, al oeste con los germanos, al este con pueblos de las estepas, con los húngaros y después con los mongoles. Son los rusos, los polacos (Abodrites, Pomoranen), pero además los Sorben, Slowenen, serbios, croatas y búlgaros. Limitaban al sur con Grecia y al este con el mar Adriático. Los rusos son entonces eslavos del nordeste, en histórica rivalidad con los eslavos del nordeste, católicos: los polacos.

La Rusia de Kiev (860-1237 d.C.) ocupa todo el período comprendido entre los primeros príncipes de Kiev hasta la invasión mongola. Helgi (Oleg en las crónicas latinas) sometió a Smolensk e hizo de Kiev la capital del Estado ruso. En el 907 ataca nuevamente a Bizancio, obteniendo en el 911 un tratado ventajoso. Mirando siempre hacia el sur, hacia el Mediterráneo oriental, Ingvar ataca nuevamente Bizancio y contempla la destrucción de su flota. Todavía Sviatoslav no admitió el cristianismo. Pero Vladimir (978-1015), pidiendo la mano de Ana, hermana del emperador de Bizancio, se convierte al cristianismo en el 988 y funda, podríamos decir, la cristiandad rusa que sobrevivirá hasta la Revolución de 1917. El cristianismo ortodoxo es la religión

oficial y obligatoria del Estado y de todas sus colonias. En el 1025 se comienza la catedral de Santa Sofía de Kiev, en 1045 la de Novgorod, en el 1051 se funda el primer monasterio en Criptas, bajo la dirección de Antonio, monje de Athos.

Yaroslav promulga el «derecho ruso» (*Ruskaya Pravda*), que se inspira en el derecho romano y en el derecho germano (*Wehrgeld*). Después de Vladimir II (1053-1125), Kiev entra en decadencia.

Poco después unos 150.000 jinetes mongoles invaden Rusia y la conquistan en el 1223. Teniendo consultores cristianos, nestorianos, los mongoles son al comienzo muy hostiles contra el Islam. La muerte de Genghis Khan posterga una conquista en mayor profundidad. De todas maneras llegan hasta los muros de Viena y se instalan por dos siglos en Rusia.

En el 1147 los mongoles destruyen una ciudad nombrada por primera vez: Moscú. Colaborando con los Khanes, cobrando el tributo, comienza su lenta ascensión. Con Iván II El Grande (1462-1505), el Principado de Moscú derrota a la *Horda Dorada* de los mongoles en el 1480. Esta fecha es casi exactamente la del casamiento de los Reyes Católicos en España y la unificación del Reino (1479). Iván II es a los Reyes Católicos lo que Iván IV el Terrible (1533-1584) es a Carlos V, el emperador.

Con Iván II, Moscú se eleva a la dignidad de la «Tercera Roma», construyendo el Kremlin. Basilio III aumentará y consolidará las conquistas. Iván IV funda el Imperio ruso; conquista Siberia por el este, en el momento que España y Portugal conquistan el mundo por el oeste. Rusia por el nordeste y España y Portugal por el suroeste serán las puertas por las que Europa se desenclaustra del sitio que los árabes y turcos habían organizado casi por un milenio.

Pedro el Grande conquistará Azov, en el Pacífico, en 1696. De todas maneras la unidad nacional, la del Estado y la cristiandad rusa, la logra como gobernante y hábil político Miguel Romanof (1613-1645), elegido por la Asamblea de la tierra, hijo del metropolitano de la Iglesia ortodoxa, candidato de la Iglesia y monje retirado en el contenido de Ipatiev. Alexis continúa su obra. Siendo Pedro I el Grande (1645-1725) el fundador de la Rusia moderna. El Imperio llega hasta el mar Negro; se funda San Petersburgo hacia el Báltico; se consolidan las conquistas hasta el Pacífico y se avanza hacia Alaska. Aún se descubren minas de plata (Mangazega fue la Potosí rusa del siglo XVIII). Al mismo tiempo, con la penetración de la Ilustración y la influencia de la naciente tecnología capitalista, se funda la «Academia de las Ciencias». Pedro I se escribe con Leibniz y con Christian Wolf.

Vladimir Soloviev escribe sobre Pedro I:

El período de reformas de Pedro el Grande constituye para nosotros el centro de la historia rusa. El retornó a la tradición rusa kieviana, interrumpida por la invasión mongola, y aseguró la unidad nacional. Sea cual fuere el carácter personal de Pedro el Grande, pudo, por su obra histórica, atraer a Rusia a su vía cristiana, a aquélla que había tomado San Vladimir. Postergó la idolatría nacional para aceptar una fe universal¹⁷.

Los movimientos de «occidentales» -que querían una modernización siguiendo el modelo del capitalismo europeo-, y los «eslavofilistas» -nacionalistas populistas más vinculados a la Iglesia ortodoxa, a la conserva-

17. *La cuestión rusa*, en *Obras Y*, 1888, 140.

ción de la cristiandad rusa tradicional-, no advirtieron el sistema profundamente injusto que desde tiempos inmemoriales se había basado en la explotación del trabajo del campesino gracias a pesados tributos, a sistemas de esclavitud encubierta, y a una histórica represión del pueblo. La cristiandad rusa, como todas las cristiandades, había servido de justificación para la opresión de los más pobres. El zarismo y la cristiandad rusa eran una y la misma cosa. Iba a ser necesario un marasmo histórico de raíz para liberar al cristianismo de numerosos compromisos equívocos históricos.

b) *Otras cristiandades eslavas o de la Europa oriental*

Entre los eslavos, los polacos se distinguieron desde sus orígenes, situándose entre las ciudades de Gnesen y Krakau. Mieszko (960-992), de la casa de los Piaste por el casamiento con la princesa Dubrawka, se bautiza en el cristianismo (966). Con Boleslaw Chrobry el reino crece y se conquistan nuevas tierras. En el año 1000 Gnesen es arzobispado; Posen y Krakau son obispados. Desde este momento la historia del pueblo polaco se identificará con la de su Iglesia, ya que el Estado tendrá largas vicisitudes, unas veces conquistando tierras hasta constituirse casi en Imperio, y otras retrocediendo hasta llegar a ser solo el Condado de Varsovia. Sus vecinos del oeste (los germanos) y los del este (los rusos) terminarán por derrotarlo como Estado. Los polacos habían llegado con Boleslaw hasta Kiev y hasta el Elba, ocupando toda Silesia y Pommern, lo que les permitió dominar extensas costas del Báltico.

Sin embargo, la expansión de los lituanos (desde Wilma) empequeñece en el siglo XIV a Polonia, lo mismo que por el sur el crecimiento del reino húngaro, lo que reduce a Polonia a una estrecha franja. Habiéndose repuesto la cristiandad polaca a expensas de los rusos en el siglo XVII (llegando hasta Andrussowo, cerca de Smolensk), Polonia comienza su decadencia. En 1772 se le quitan territorios en todas sus fronteras. En 1793 queda reducida a la mínima expresión, desapareciendo como Estado en 1795 (por el ataque de los rusos y prusianos).

En todas estas guerras de expansión y división, la Iglesia polaca subsiste por la presencia de una Iglesia que supo asumir los intereses del pueblo. Es una cristiandad, como la latina desde el siglo V, en que la Iglesia ocupa el vacío del Estado, pero aún en esto es sumamente diferente a la cristiandad latinoamericana, y tendría graves consecuencias pensar que ambas cristiandades tienen semejanzas importantes. Por el contrario, las diferencias son abismales.

Debería hablarse de las cristiandades de croatas, serbios, búlgaros, y aun de los húngaros, que aunque no eran eslavos sino procedentes nómadas de las estepas y que con san Esteban I se cristianizan desde el 997, forman lo que pudiéramos llamar las cristiandades de «colchón» entre los rusos y los germanos.

3. *La cristiandad latino-germana*

Podemos decir que el acta de concepción de la cristiandad latina fue el edicto de tolerancia de Galerio en el 311 d.C., donde, según Eusebio de Cesarea, habría declarado:

Ordenamos cuando sea conocido este escrito que cuanto bien haya pertenecido a la Iglesia católica o a cristianos de las diversas ciudades o demás lugares que actualmente controlan los ciudadanos romanos, que sean restituidos en el acto a dichas Iglesias¹⁸.

Este *Mandatum* fue enviado al procónsul del África, Anulius. Significaba la libertad de los cristianos en el Imperio, no todavía la hegemonía de la Iglesia sobre las restantes religiones en occidente.

Al mismo tiempo de esta tolerancia por la religión cristiana, se producirá entre el siglo IV al VIII la invasión de los pueblos germanos. Hay entonces como un triple movimiento: por una parte, el Imperio romano por decisión de Constantino pone todo su esfuerzo en oriente; por otra parte, los germanos aniquilan el Imperio de occidente; en tercer lugar, la Iglesia católica asume la función de suplencia civilizadora y conforma una nueva civilización -a través de sus monjes especialmente-. Por ello, la cristiandad latino-germana será un tipo de papo-cesarismo (si la cristiandad bizantina fue de un César-papismo). En oriente el Estado controló el poder hasta el siglo XV. En occidente el Estado romano quedó pulverizado en el siglo V. Por otra parte, y es un hecho capital, cuando se constituye la cristiandad latino-germana propiamente dicha con los merovingios (desde el siglo VIII), estos germanos no tienen ninguna vocación marítima: abandonaron los mares del norte a los normandos y el Mediterráneo a los árabes. Esto encerrará a la Europa occidental continental en sus propios límites; le hará perder el control del comercio con el Extremo Oriente, y, por el sur, la ruta del oro. El sistema feudal, totalidad práctico-productiva *sui generis* dentro de los regímenes tributarlos, será una consecuencia de esa *pérdida de los mares*. Las fracasadas cruzadas primero, y la expansión por el norte de Rusia y del suroeste de Portugal y España, al abrir a Europa el ancho mundo, destruyen el sistema feudal de la cristiandad latino-germana e inician, con la apertura al Atlántico y a nuestra América, una nueva edad en la historia mundial.

En efecto, del siglo IV al VIII el Imperio occidental se fue cayendo en pedazos. A Constantino le sucedieron en occidente Constantino II y Juliano el Apóstata. Valentiniano (364-375) se instaló en Milán. Pero sólo con Graciano, por la influencia de Ambrosio de Milán, el cristianismo es proclamado la única religión del Imperio. Esta acta de nacimiento de la cristiandad fue confirmada por Teodosio en el edicto de Tesalónica, en el 380. Al haberse humillado el emperador ante el arzobispo de Milán, Ambrosio, muestra ya el poder de la Iglesia en occidente. En el 395 los dos Imperios quedan definitivamente divididos. Al año siguiente san Agustín es consagrado obispo de Hipona. Sólo quince años después, en el 410, Alarico, nombrado general romano, que residía en Iliria como rey de los visigodos, avanza sobre Roma y la saquea. Honorio huye a Rávena. Todos sienten que una edad ha terminado. El mismo san Jerónimo se conmueve en Jerusalén, y Agustín comienza a escribir la

18. *Historia eclesiástica* X/V, 15-17.

Ciudad de Dios, obra en la que se enfrenta a los pensadores paganos que criticaban a los cristianos de ser la causa de la caída del Imperio. Pero, en realidad, los cristianos no sólo no destruyeron el Imperio sino que protegen todavía lo que queda en pie:

Testigos son de esta verdad las capillas de los mártires y las basílicas de los apóstoles, que en la devastación de Roma acogieron dentro de sí a los que precipitadamente, y, temerosos de perder sus vidas en la fuga ponían en ellas sus esperanzas, en cuyo número comprendieron también paganos¹⁹.

Los emperadores restantes poco hicieron, y el último, Rómulo Augustulo, fue depuesto por Odoacro, jefe de los hérulos. Como puede verse, son los germanos los verdugos del debilitado Imperio, pero, aunque no parezca, es un acercarnos precipitadamente al fin de esta larga proto-historia de la Iglesia latinoamericana. En efecto, procedentes de las tierras escandinavas -y movilizadas quizá por los que serán siglos después los bravíos normandos-, los germanos habían comenzado su largo camino hacia el sur. En el 750 a.C. los encontramos en las desembocaduras entre el Weser y el Oder; en el 500 a.C. avanzan hasta el Rin y el Vístula. En el 120 a.C. entran en contacto con los romanos (son los teutones, cimbrios y otros). Dejaremos por ahora a los godos (que por su importancia en la historia de la Iglesia visigoda o hispánica, tienen mucho que ver con América latina), y sólo seguiremos aquí las vicisitudes, especialmente, de los francos.

En efecto, abandonada Roma por Constantinopla, aquella buscará apoyo en el vendaval de los pueblos en los francos. En el 620 d.C. este pueblo se encontraba en la desembocadura del Rin, siguiendo el proceso de norte hacia el sur. Pero en ese momento la marea de pueblos comienza a moverse de este a oeste, por la presión que los hunos ejercieron desde la estepa euroasiática -movilizados a su vez por los turcos que todavía no habían hecho su entrada en la historia, los que, por su parte, huían de los mongoles que llegarían siglos después procedentes del Gobi. Y bien, en esta marea del este al oeste pasaron por Europa los vándalos, desde el 400, que transitando por las Galias llegan a Portugal y España (Andalucía no es otra cosa que la deformación de «Vandalucía») en el 406-409, y que huyendo de los visigodos ocupan el norte de África, sitiando Hipona cuando Agustín muere (430 d.C.). Lo propio hacen en otras regiones los suevos, que ocupan lo que hoy será Galicia (teniendo por capital a Braga); los longobardos, los burgundos, los anglos, van distribuyéndose sectores del destrozado imperio.

Ante este caos aparece la figura del papa León I Magno (coronado el 19 de agosto del 440). Ante el cobarde Valentiniano III, que abandona la ciudad en el 452 ante Atila, rey de los hunos, el papa lo encuentra en Mantua. Ante Genserico, en el 455, lo espera a la puerta de Roma, y aunque pidió por la ciudad no impide que la saqueen, pero al menos no la destruyen. Desde este momento el patriarca latino de occidente, el papa, comienza a ocupar el lugar del emperador de occidente. Con Gregorio Magno (590-604) la Iglesia toma decididamente el control del Estado (y del «Patrimonio de San Pedro») que ante los lombardos ha perdido su última existencia. El papa concibe al imperio como función de la religión cristiana. Confía más en los monjes que en los laicos y reyes. Al mismo tiempo que se comienza la edad clásica de la

19. *Civitas Dei*, L. I, cap. 1.

cristiandad latina se inicia, igualmente, una clericalización que alcanzará su culminación con Gregorio VII (1073-1085), cuando un Enrique IV pedirá perdón como penitente el 25 de enero del 1077 en Canosa, para que se le levante la excomunión.

Con Carlos Martel los francos han detenido a los árabes en Poitiers (732 d.C.). Su hijo Pipino es rey de los francos. Carlomagno (768-814) es coronado emperador (a la usanza de los reyes visigodos tal como el episcopado de España lo había iniciado) por el papa en el 800. Claro que esto era posible porque Gregorio Magno había enviado en el 596 monjes para evangelizar Inglaterra. Un siglo después, un benedictino anglosajón, Winfrido (675- 755), evangelizará a los germanos del este del Rin; era san Bonifacio. Así como san Agustín de Canterbury desembarcaba en Kent, así Bonifacio lo hizo en Fulda. Los germanos fueron el apoyo de Roma. La Iglesia justificaba a los reyes y Estados; éstos apoyaban a la Iglesia. Así fundaron los francos el «Sacro Imperio Romano Germánico», etapa fundamental en la historia de las cristiandades. Fueron anexados los sajones, los bábaros y ávaros. Se recuperó a los árabes Gerona (785), Barcelona (801) y Tortosa (811). Pero después de la muerte de Carlomagno (843), Ludovico el piadoso dividió en tres el Imperio: para Carlos las tierras del oeste del Rin, para Luis el Germánico el este (y por ello fundará, como hemos dicho, el Sacro Imperio), y para Lotario una franja desde Frisia hasta Lombardía.

La Iglesia, como Estado temporal que hegemoniza Italia, estará siempre en buenos términos con el Sacro Imperio, su protector, lo que exigirá siempre la justificación del poder del Estado.

Como hemos dicho, los merovingios abandonaron los mares, cerraron a Europa sobre sus límites y establecieron un sistema tributario primitivo: el feudalismo. El «señor» dominaba al «siervo de la espada». La Iglesia justificaba este tipo de dominación -si no fuera por la crítica de sus santos, como Francisco (1181-1226) o Domingo (1170-1221)-, pero con la contrapartida benedictina que llegó a feudalizarse. No sin importancia, fueron las grandes reformas de Cluny (en el 910, siendo que san Benito fundó Montecassino en el 529) y la del Cister (en el 1098 san Bernardo comienza su obra en el Cîteaux), pero no pudieron superar el sistema de la injusticia feudal.

La época de esplendor de esta cristiandad debe situarse entre Gregorio VII (que comienza su reinado en el 1073) hasta el 1348, en que comienza la primera epidemia de peste que llevará a la muerte hasta una tercera parte de la población europea.

No puede olvidarse a la gran teología medieval, de la que habla Maimónides, teólogo judío español (1135-1204) que murió en Alejandría el 16 de septiembre de 1204, cuando escribe:

Cuando la Iglesia cristiana, de la cual conocemos su profesión de fe, recibió en su seno a los paganos, en la que se encontraban muy aceptadas las opiniones de los filósofos griegos, entonces nació entre ellos la ciencia del *calam* (teología), porque se encontraban opiniones en manifiesta contradicción con la fe cristiana. Comenzaron a establecer proposiciones en coherencia con sus creencias, y a refutar las otras que se oponían al fundamento de la religión. Cuando los seguidores del Islam aparecieron y se descubrieron los escritos de los filósofos, se le transmitieron igualmente las refutaciones que habían escrito los padres griegos contra los libros de los filósofos griegos. No hay ninguna duda que las tres comuniones se interesan frecuentemente por las mismas doctrinas, es decir: los judíos, los cristianos y los mahometanos, como por ejemplo en la teoría de la novedad (creación del mundo)²⁰.

20. *Guía de los perplejos*, I, cap. 71; ed. S. Munk, p. 340-344.

En efecto, el mundo Mediterráneo era un ecumenismo entre los cristianos (bizantinos o latinos), los musulmanes, y los judíos sin patria, desde la India hasta el Khalifato de Córdoba o el reino de los francos.

La crisis de la cristiandad latino-germánica, el mundo feudal, se dejó ver en las pestes, la crítica interna en la tradición cristiana que ya no respondía a la época por su identificación con el sistema político y económico que se despedazaba (Wicklef muere en 1384, Juan Huss es quemado en pleno concilio de Constanza en 1415, y el concilio de Basilea en el 1449 pone fin a la época de los concilios medievales). En el 1464 muere Nicolás de Cusa; en el 1498 se ejecuta a Savonarola. La cristiandad latino-germana ha muerto.

III. LA CRISTIANDAD HISPANO-LUSITANA²¹

Llegando ya a nuestro tema propiamente dicho, a la historia de la cristiandad de la península Ibérica (España y Portugal actuales), la protohistoria de la Iglesia latinoamericana da un último paso, no por ello corto y no sin importancia tampoco.

1. *La cristiandad visigoda*

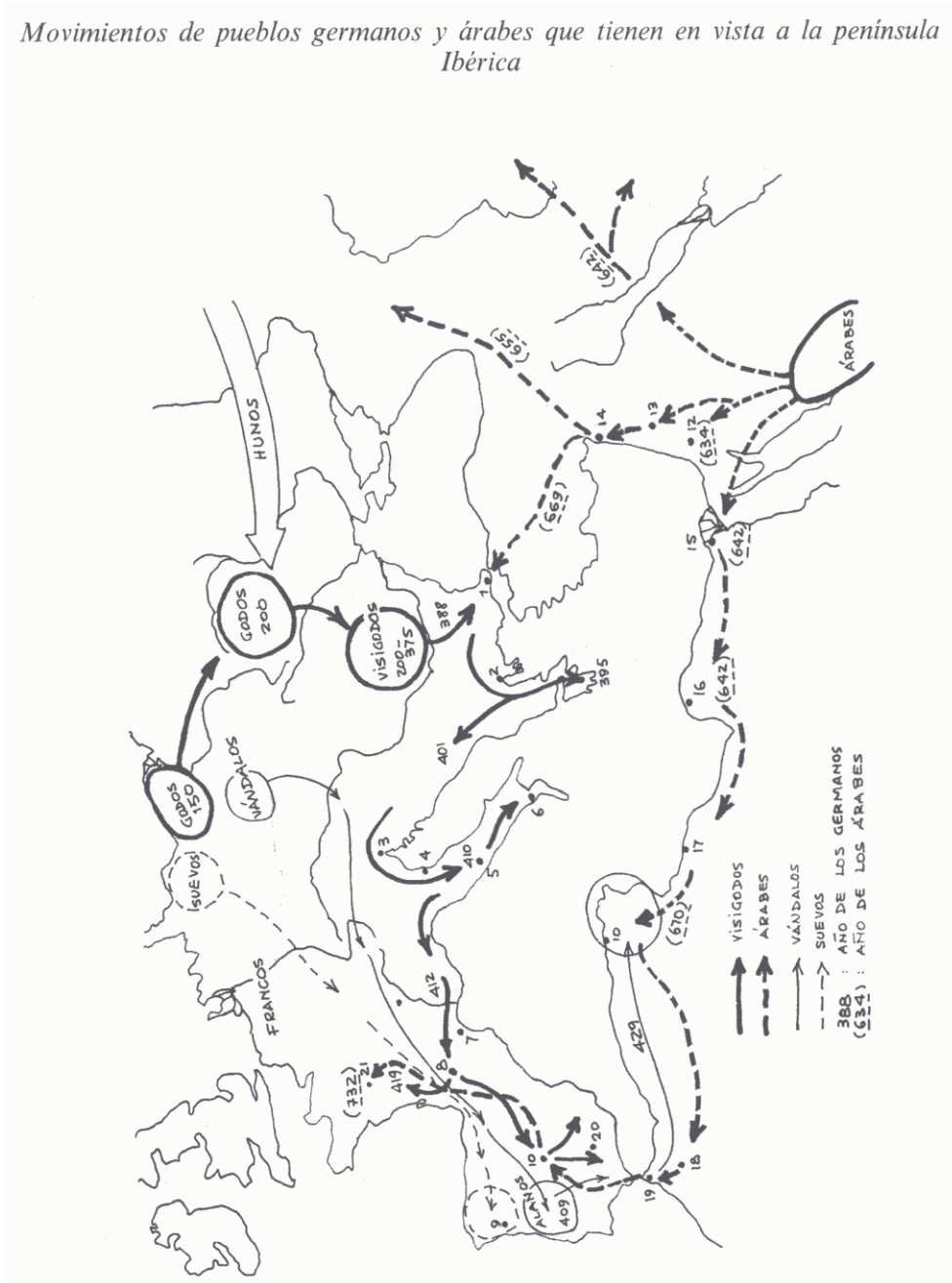
En América latina ignoramos, por la general, todo lo referente a la historia de España y Portugal. Es por ello necesario dedicarle algunas páginas para comprendernos a nosotros mismos.

Para una historia de la Iglesia latinoamericana nos importa indicar que la península Ibérica era el *Finis terrae* (el fin del mundo) del mundo euroasiático: la más occidental de occidente. Era un lugar de pasaje de Europa hacia África (como pasaron sus primitivos habitantes, los romanos, los vándalos y los mismos hispanos desde el siglo XIV), o de África hacia Europa (como pasaron los cartaginenses y los diferentes pueblos musulmanes). Desde 1000 a.C. ya los fenicios se habían instalado en sus costas, en Cádiz por ejemplo; la cultura de Tartessos. Después vendrán los griegos. En el 500 a.C. es Cartago la que domina la costa. En el 207 los romanos vencen a los semitas y fundan después la provincia *Hispania*. Heroicos en su defensa, Plinio se refirió a la *vehementia cordis* de sus primitivos habitantes. Provincia romana que nunca estuvo en paz, ya que las rebeliones fueron continuas. La romanización fue profunda e irreversible; la lengua, el derecho, las instituciones políticas se remitirán frecuentemente a esta etapa histórica.

21. Cf. F. de Almeida, *Historia da Igreja em Portugal*, Coimbra 1912-1925; A. Ballesteros y Beretta, *Historia de España y su influencia en la historia universal*, Barcelona 1918-1941; R. García Villoslada, *Historia eclesiástica de España*, Madrid 1929; M. de Oliveira, *Historia eclesiástica de Portugal*, Lisboa 1958; F. de Almeida, *História de Portugal*, Coimbra 1922-1927; J. Lucio de Azevedo, *História de expansão portuguesa no mundo*, Lisboa 1937-1942; D. Peres, *História de Portugal*, Barcelos 1929-1938; A. de Castro, *España en su historia: cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires 1948; E. Lévi-Provençal, *Histoire de l'Espagne musulmane*, París 1950; y de Cl. Sánchez Albornoz, *España, un enigma histórico*, Buenos Aires 1956; *España y el Islam*, Buenos Aires 1943; *Estudios sobre las instituciones medievales españolas*, México 1965; R. García Villoslada (ed.), *Historia de la Iglesia en España*, I, Madrid, 1979.

ESQUEMA 3.7

Movimientos de pueblos germanos y árabes que tienen en vista a la península Ibérica



INVASION VISIGODA

1. Bizancio
2. Tesalónica
3. Aquilea
4. Rávena
5. Roma
6. Cosenza
7. Narbona
8. Toulouse
9. Braga
10. Toledo
11. Hipona

INVASION DE LOS ARABES

12. Jerusalén
13. Damasco
14. Antioquia
15. Alejandria
16. Barka
17. Tripolis
18. Fes
19. Tánger
20. Córdoba
21. Poitiers

Fue en un latín hispanizado que el cristianismo llegó a muchas comunidades ya numerosas en el siglo II. Al comienzo del siglo IV se realizó el concilio de Elvira, al cual asistieron 19 obispos (entre ellos los de Cádiz, Córdoba, Sevilla, Tucci, Martos, Calona, Urci, Mérida, Zaragoza, León, Toledo, Osso-noba, Lorca, Baza, Málaga, de la misma Elvira, etc.), y 24 presbíteros. Es interesante anotar que el cristianismo se había expandido principalmente en el sur de la península, ya que sólo había un obispo de Galicia, dos de Tarracona, tres de Lusitania, cinco de la región cartaginense, y ocho de Bética (de donde procedían 20 presbíteros). No debe olvidarse que el obispo de Córdoba, Osio, presidió el primer concilio ecuménico de Nicea, y estuvo también en el Sárdica en 347.

Estas comunidades, Iglesia popular comprometida con los oprimidos -y no todavía cristiandad-, fue violentamente perseguida por Dacio y Valentiniano. Fructuoso fue mártir en tiempo de Alejandro Severo (222-235), por ser miembro de la «religión ilícita». Especialmente en la gran persecución de Diocleciano la situación fue mucho más difícil. Los soldados cristianos dejaron el ejército y fueron martirizados. Hércules, gobernador de Hispania, persigue violentamente a los cristianos. Emeterio y Celedonio fueron martirizados. San Vicente en Valencia es torturado y muere bajo el gobernador Daciano. Hay 18 mártires en Zaragoza. En especial, la recordada santa Eulalia de Mérida. El mismo obispo Osio es conducido a Milán donde Constancio intenta doblegarlo ante los arrianos.

Mientras tanto, ya hemos dicho, los germanos habían comenzado su largo camino del norte hacia el sur. Los godos originarios de Escandinavia se encontraban por el 500 a.C. al oeste del río Weichsel. Allí permanecieron hasta el 150 d.C. En esa época comenzaron a moverse hacia el sureste, y en el 200 d.C. encontramos a los ostrogodos (godos del este) sobre el mar Negro, y los visigodos (godos del oeste) sobre el Danubio. Como simples braceros para ayudar en las tareas del campo comenzaron a cruzar el Danubio. Sin embargo, en el 376 d.C. lo hacen en orden y como guerreros, porque son impulsados por los hunos que vienen al este. Comienza así la marcha de los visigodos hacia el oeste (que algún día terminará en América). Los ostrogodos se instalan en Panonia (norte de Yugoslavia), mientras que los visigodos después de luchar contra los bizantinos (383-388) son investidos de poder imperial. Alarico es nombrado *magister militum* por Illyricum, siguiendo la política de desviar el peligro de los bárbaros hacia occidente.

Mientras tanto los vándalos, lo hemos visto, se habían movilizado y ocupado Hispania (406-409), especialmente la provincia Lusitana y Bética. Tam-

bién los suevos se hicieron presente en Galicia, junto con otros germanos. Por su parte los visigodos no se conformaron con la Iliria y pasaron a Italia. En el 410 Alarico toma Roma y la saquea; es el fin del Imperio occidental: el fin de una edad del mundo. Pero siguen su camino y en el 412 están al sur de Francia, dominando Aquitania e instalando en Tolosa la capital de su reino (419-507). Poco a poco avanzan sobre Hispania y expulsan a los demás pueblos germanos. Los vándalos huyen por el sur e invaden el norte de África en el 429.

Es necesario recordar que en su estadía en el Imperio bizantino el obispo Wulfila (que muere en el 383) convierte al cristianismo arriano a los visigodos. Por ello, los visigodos comenzarán una lucha de más de un siglo contra la Iglesia católica hispana pre-visigoda, para convertirla al arrianismo.

Por su parte Ataúlfo había igualmente dominado la región de Narbonne y desde allí Barcelona. Poseían entonces un control total de la península Ibérica, menos Galicia, ya que aunque en el 418 habían derrotado a los alanos, descendientes de los suevos, siguieron resistiendo algún tiempo.

Los visigodos eran unos 200 mil hombres, que sembraron el terror y corrompieron toda la estructura social anterior. Claro es que los francos, bajo las órdenes de Clodoveo, derrotaron a los visigodos, los que tuvieron que abandonar sus dominios al norte del Pirineo y se replegaron sobre Hispania, tomando a Toledo por capital. En el 440, santo Toribio de Astorga se queja de la decadencia en la que la Península ha venido a parar. Parece que el concilio que el papa recomendara realizar se efectuó en Toledo en 447. Por su parte Hidacio y san Isidoro indican que fue Requiario (448-457), rey suevo, el primero en convertirse al cristianismo católico. Sin embargo, todos los demás seguían siendo arrianos. De todas maneras la Iglesia católica resistió las persecuciones y se reunió todavía en el 527 en el segundo concilio de Toledo. Con Leovigildo (566-586) la monarquía visigoda llega a su esplendor. Éste nombró a su hijo Hermenegildo gobernador de Sevilla, donde en amistad con san Leandro da libertad a los católicos y respalda su causa. Se rebela contra su padre, el que lo vence, lo toma preso y lo hace asesinar. Recaredo, hermano de Hermenegildo, cuando es coronado rey (586-601) se reconcilia con la Iglesia, libera al obispo Masona de Mérida, y con gran pompa se bautiza católico él y toda su corte. Es la fundación de la cristiandad visigoda. Aconteció en el 587.

Poco después, y por razones parecidas por las que Constantino había convocado el primer concilio de Nicea, se realiza el tercer concilio de Toledo (589), donde asisten 72 obispos bajo la autoridad de san Leandro y su hermano Isidoro de Hispalis. San Leandro dijo en su discurso:

Sólo falta pues que los que componemos en la tierra unánimemente un solo reino, roguemos al Señor por su estabilidad como por la felicidad del celestial, a fin de que el reino y el pueblo que glorificamos a Dios en la tierra, sean glorificados por él, no sólo aquí, sino en el cielo.

Se inaugura así el siglo de oro de la cristiandad visigoda (590-710).

En el tercer concilio toledano la cuestión de la unidad del Reino es fundamental («cum princeps omnes regiminis sui Pontifices in unum conveniri mandasset»). El episcopado *visigodo*, de gran personalidad, estableció relaciones con la monarquía electiva quedando en parte estipulado en la *Lex romana visigothorum* la estructura de la cristiandad; la monarquía tenía derechos en el nombramiento de los obispos; los obispos ejercían presiones en la elección de

ALGUNAS DIOCESIS O COMUNIDADES CRISTIANAS HISPANAS
DEL SIGLO VII

A. Gallaecia

1. Bracara (Braga)
2. Lucus (Lugo)
3. Asturica (Astorga)

B. Lusitania

4. Salmantica
5. Abula (Avila)
6. Emérita (Mérida)
7. Olisipo (Lisboa)

C. Baetica

8. Hispalis (Sevilla)
9. Córdoba
10. Tucci
11. Malaca

D. Carthaginensis

12. Toletum
13. Cartago Nova
14. Valentia
15. Complutum

E. Tarraconensis

16. Tarraco (Tarragona)
17. Barcino (Barcelona)

18. Caesaraugusta (Zaragoza)

19. Pampilona

F-H Diócesis francesas

20. Elusa

21. Burdigala

22. Narbo

23. Tolosa

AVANCES DE LA RECONQUISTA

(718-1492)

24. León

25. Santiago de Compostela

26. Coimbra

27. Palencia

28. Burgos

29. Vich

30. Segovia

31. Cádiz

32. Granada

33. Tánger

34. Melilla

35. Orán

los reyes. En los concilios IV, V y VI de Toledo la Iglesia consagra la monarquía, es decir, se efectúan ritos de consagración del rey (costumbre que pasará después al Imperio de los francos). La Iglesia exige moderación a la monarquía pero la apoya en las rebeliones, condenando a los disidentes.

Un cierto sistema tributario feudal hace su camino. El pueblo romano-hispano triunfa al fin sobre los visigodos. Impone su lengua, su religión, su historia. La Iglesia es un factor fundamental. Sobresalen un Pablo Orosio, obispo de Braga, un Idacio o Draconcio. Un san Martín de Braga, que muere en 580, de gran sabiduría. San Braulio de Zaragoza, san Leandro, san Isidoro, san Ildefonso de Toledo, san Julián de Toledo, Juan de Valclara son los grandes ejemplos.

Esta cristiandad dejará su impronta, pero sufrirá uno de los colapsos más duros de la historia del cristianismo: la invasión del triunfante pueblo musulmán procedente de África.

2. *Hispania musulmana*

Así como entre el siglo IV y V los visigodos removieron hasta sus cimientos el norte del Mediterráneo con sus vandálicas correrías y llegaron a la *Finis terrae* para producir en Hispania una ruptura histórica gigantesca, de la misma manera entre los siglos VII y VIII (tres siglos después) los árabes y musulmanes pasaron por el sur del Mediterráneo y fueron a conquistar el «Fin del mundo». Este doble proceso (por el norte y por el sur) nos manifiesta que

España y Portugal, lo más occidental de occidente, se verán compelidas a «seguir adelante»... hacia el infinito océano Atlántico... siglos después.

En efecto, es demasiado sabido, pero hemos de repetirlo ya que el lector de esta obra es principalmente el militante miembro de las comunidades cristianas que no tienen posibilidades de recurrir a otras obras, que la fe islámica nació en el corazón del desierto arábigo, cuna de la cosmovisión semita de un Abrahán, Moisés, de los profetas. Pero la expansión no se produjo en el reino árabe de los Lakhmidas, vasallos de los persas y que tenía por capital Hira, sobre el Eufrates, cristianos nestorianos. Ni tampoco entre los Ghassanidas, cristianos monofisitas árabes. Sino en medio del desierto, al suroeste, en pueblos adoradores del Dios del cielo: *Allah*. Mahomet era un beduino, como Abrahán y Moisés, que conoció Palestina y Siria. Nacido en el 560, junto a la Meca, ama la soledad, el silencio, la oración, la meditación. Contra la religión rudimentaria de los árabes, Mahomet propone una doctrina de gran coherencia, un mesianismo arrollador, gran tensión escatológica, igualitarismo económico, político y religioso. En el 622 el profeta «huye» (hégira) a Medina expulsado de la Meca. El 17 de Ramadán del 623 (año 2 de la era islámica) toma la Meca. Cuando muere el 8 de junio del 632 ha unificado la península arábica. Abu-Bakr, primer Khalifa (sucesor), comienza fulgurantes conquistas. Al inicio persigue a los apóstatas del Islam, pero pronto avanza más y más. En el 642 los árabes conquistan el imperio persa. En Jerusalén habían entrado en el 638, en el mismo 642 toman Alejandría, y en el 698 los tenemos en Cartago, cerca ya de las «Columnas de Hércules» (Gibraltar, que los árabes denominaron Dschebel-al-Tarik). Con los Omayyadi, dinastía crucial de la historia musulmana (661-750), el Dar-el-Islam llega desde Multan en el Indo (conquistada en el 711), hasta Samarkand (712), el reino armenio, toda Siria, Egipto hasta España. En realidad serán tres regiones netamente diferenciables: *Al-Mashraq*, el oriente árabe (Arabia, Siria e Irak), la cuna y la esencia del Islam. *El Nilo*, Egipto, con fisonomía propia. *Al Maghreb*, el occidente árabe, desde Libia a las costas atlánticas del África norte y España.

El mundo árabe fue una totalidad práctico-productiva mercantil. «Entendemos por mercantiles que el excedente que alimentaba sus ciudades importantes no provenía generalmente de la explotación de su mundo rural, sino de los beneficios del comercio lejano, que le proporcionaba los ingresos procedentes en última instancia de los excedentes extraídos por las clases dirigentes de las demás civilizaciones a su campesinado»²². Esta configuración económica política árabe es el antecedente próximo de la empresa de la conquista de América con sentido mercantilista, ligado, claro está, con la experiencia de las ciudades también mercantilistas del Mediterráneo oriental (Génova, Amalfi, Nápoles, Venecia, etc.) que supieron florecer ante la debilidad naviera de los árabes, que nunca pudieron del todo vencer a los bizantinos.

En efecto, el primer Omayyadi, Mo'awiya (661-680), había enviado incursiones que llegaron a España en vida de Wamba. Pero será sólo cuando Rodrigo se haga cargo de la monarquía, que los hijos de Vitiza, desplazados, acuden a los árabes del norte de África, y piden ayuda al emir Muza, nombrado por el Khalifa de Damasco.

22. Samir Amin, *El desarrollo desigual*, Barcelona 1974, 36.

En el año 91, en el Ramadán (julio del 710), el liberto Tarik-ben-Ziyad toma Algeciras sin resistencia. El pacificado reino visigodo se ha desmilitarizado. En el año 92 (de octubre del 710 a octubre del 711), al mando de 7.000 musulmanes, berberiscos y libertos, comienza la fulgurante conquista. En la sola batalla de Guadalete son derrotados los visigodos; el rey muere en la lucha y con él la mayoría de la nobleza. Sin resistencia, Tarik subió hacia el norte, tomó Toledo, llegó hasta Guadalajara y más allá, hasta Amaya.

Por su parte, el único sobreviviente a la matanza de los Omayyadi, el joven Abd-el-Rahman, refugiado en África, desembarcó en Almuñecar el 13 de septiembre de 755. De inmediato se funda el emirato de Córdoba (756-929), que con Abd-el-Rahman III se constituye en Khalifato independiente del de Bagdad (929-1031). Córdoba llegó a tener 480 millones de francos oro de renta de Estado (más que Bagdad), y en su esplendor la ciudad tenía medio millón de habitantes. La agricultura, minería, industrias y comercio florecieron. Los judíos, huyendo de la persecución de los cristianos en Europa, aportaron su experiencia a la gran civilización árabe hispánica.

Sin embargo, los *taifas*, enardecidos bereberes del África que se habían extendido desde Senegal hasta Argel, son llamados para oponerse al rey cristiano Alfonso VI. Se trata de los *almorávides* bajo las órdenes de Yusuf. Este derrotó a Alfonso el 24 de octubre de 1086. Después surgió otro pueblo brioso, los *almohades*, que seguían a Muhammad-Aben-Tumart, también procedentes de la Sabana al sur del Sahara junto al Atlántico. Pasaron por Andalucía en el 1146, toman Sevilla el 17 de enero de 1147.

Ya en este momento el avanzar por el norte de los cristianos es incontenible y «Santiago Matamoros» se hará cada vez más presente. Es el surgimiento de una cristiandad, primero mozárabe y después hispano-lusitana, la de la España y Portugal modernas, las del siglo XV y de la conquista de América.

3. La reconquista

Los cristianos visigodos habían sido aplastados. El Estado y la cristiandad fue borrada de un plumazo de la historia universal en el 711. Sin embargo, el pueblo campesino cristiano subsistió; tratado duramente, tolerado en su fe, no siempre, pero con doble impuesto y condiciones insoportables de servidumbre.

El pueblo hispano-godo-católico, entonces, se dividió entre aquellos que renegaron su fe, los *muladíes*, y los fieles a su tradición, los mozárabes o *motasarab* (arabizados o mixtiárabes). Estos últimos tenían a su frente un *comes christianorum*, un extractor de tributos, un *ensor* o juez propio, más un *exceptor* o tesorero de la comunidad. En Córdoba, por ejemplo, quedaron sólo seis iglesias en el siglo IX, aisladas de Roma y entre sí. Con Abd-el-Rahman se prohíbe el latín y se obliga a los cristianos a arabizarse culturalmente.

Los cristianos reaccionan. Así, por ejemplo, los hermanos hispalenses Adolfo y Juan se rebelan y son muertos. Se degüella por la misma causa al presbítero Prefecto (en el 850). Hay numerosos mártires, uno de ellos Gumer-sindo (en el 852). Con Mahomet I (852-886) la persecución crece. San Eulogio, obispo de Córdoba, que mantenía en alto el espíritu de las comunidades, es martirizado el 11 de marzo del 859. Nuevas persecuciones se suceden entre el 912 al 961, reino de Abd-el-Rahman III. Muchos cristianos son llevados como esclavos por los almorávides al África, otros por los almohavides posterior-

mente. Así nace la orden de la Merced, para intercambiarse por los esclavos cristianos que eran llevados al África. Los jerónimos expandirán después la devoción de los oprimidos que luchan por su liberación: la virgen de Guadalupe

Junto a las penurias que vivían los cristianos mozárabes en los reinos árabes de la Península, se inició un proceso político militar, y también religioso, que originará la *cristiandad hispánica* (hispano-lusitana) cuyo florecimiento se producirá mediante el descubrimiento de América, en el siglo XVI. Un proceso ininterrumpido había comenzado a los inicios del siglo VIII, y terminará sólo en las primeras décadas del siglo XVII. Durante casi mil años los hispanos fueron hombres de frontera, y este hecho justifica este largo capítulo III de la protohistoria de la Iglesia latinoamericana. La conquista de América, sin interrupción ni de meses (ya que en enero de 1492 se toma Granada, el último reino árabe en España, fin de la reconquista, y en ese mismo mes Colón organizaba ya su viaje hacia las islas del Mar Océano que permitirá llegar a la India por el occidente), es la continuación natural de la reconquista española. Por desgracia, lo que había sido un justo proceso de liberación nacional se transforma, casi sin que nadie tomara conciencia, en un proceso de dominación imperial. De allí la diferencia en su significación ética de la reconquista o liberación del pueblo hispano, y la conquista o dominación de los pueblos amerindianos.

Se dice que Al-Markari, en su obra *Nafh-al- Tib*, hablando de la defensa del guerrillero Pelayo, termina diciendo que sólo quedaron «treinta asnos salvajes, ¿qué daño pueden hacernos?»²³.

Desde los picos Cantábricos del norte, casi junto al mar, los visigodos cristianos de Asturias, tras la victoria de Covadonga sobre las fuerzas de Munuza de León, comienzan la reconquista.

Es necesario considerar que ninguna de las antiguas diócesis se había salvado a la ocupación. En el 740 se restaura el obispado de Lugo (que reemplaza a Braga, en manos de los musulmanes). Poco después le seguirán las diócesis de León (792), Oviedo (802), Iria (829), Santiago de Compostela y Astorga (841), Orense (886), Zamora (886), etc. Se trata de la primera etapa de la reconquista bajo la hegemonía de Asturias, desde Alfonso I (739-757), duque de Cantabria, quien llegó al Duero, hasta Ordoño I (850-866) que consolida la conquista del desierto del Duero y derrota al emir de Zaragoza. Alfonso III (866-909) defiende lo alcanzado. Entre el Duero y el Ebro se construyen muchos castillos. Allí nació Castilla, en la frontera de la lucha de la reconquista.

La segunda etapa, desde el fin del reino de Asturias hasta la consolidación de Castilla con Alfonso VI (1072-1109), contempla la división del antiguo reino (León con García I, 909-914; y lo que será Castilla con Fernán González, 930-970; con Sancho Garcés I en Navarra, 1000-1035, de donde todavía se desprenderá Aragón con Ramiro en el 1035). Lo cierto es que Fernando I de Castilla (1035-1065) sometió a Zaragoza y Badajoz, y preparó la reconquista de Toledo y Sevilla. Toledo será entonces ocupada por Alfonso VI en el 1085, quien venciendo a los almorávides recupera la cuenca del Tajo, no sin apoyo de los cruzados francos, tales como Raimundo de Borgoña y Enrique de Lorena, estando ya en su esplendor el culto caballeresco y medieval de

23. CI. Sánchez Albornoz, *La España musulmana* I/19, Buenos Aires 1946, 59.

Santiago en Compostela. El grito de «¡Santiago y cierra España!», al igual que el de «¡Santiago Matamoros!», se hacen proverbiales. La cristiandad hispana tiene su patrono: ¡Un santo guerrero, montado en brioso corcel al frente de la guerra santa de los cristianos! Toda esta sacralización de la guerra de la liberación hispana, tan digna de respeto en su proceso liberador, cuán distinto sentido tendrá cuando Cortés diga, contra los indígenas mejicanos: «¡Santiago a ellos!», y en nombre de ese «Dios de la guerra», verdadero Marte redivivo, los amerindios aprendieron a temer a Santiago, patrono de los indoeuropeos y visigodos-, identificando su cultura, su Estado con su religión. Cristiandad guerrera, agresiva, fiera...

Fue así que, entre otros obispados, se organizaron los de Braga (1070), Coimbra (1080) y Oporto (1112). El de Toledo (1086), que habiendo tenido en la cristiandad visigoda hasta 21 diócesis sufragáneas, ahora tenía menos (entre ellas: Palencia (1035), Osma (1088), Burgos (1075): «caput dioecesis Castellae», etc.). En la región Tarraconense encontramos a Pamplona (ya reconstituida en el 778), y ahora Calahorra (1045), Vich (941), etc.

Los benedictinos se hacen presentes en todas las tierras reconquistadas, ya están en el 760, trabajan la tierra, reorganizan la civilización. El Cluny llega en el 1025.

Lisboa es reconquistada y en el 1147 es elevada al grado de obispado. Poco antes, a Enrique de Borgoña se le encargó el gobierno del Condado *Portugalense*, en el 1095. Su hijo Alfonso Enríquez fue reconocido en la entrevista de Zamora (1143) como rey de Portugal. El nuevo reino tendrá un estatuto independiente durante cinco siglos (1095-1580), para recuperar su libertad en 1640. La reconquista definitiva de Portugal se alcanzó con la campaña del Algarve iniciada en 1249, hasta la batalla del Salado (el 30 de octubre de 1340), fecha festejada como de la «victoria de los cristianos» sobre los infieles. En 1143 Don Alfonso propuso a la santa sede, *Claves regni*, sólo depender eclesial y políticamente de Roma. Lucio II respondió con la bula *Devotionem tuam*, del 1 de mayo de 1144, reconociéndolo como vasallo suyo y dándole tratamiento de duque. Sólo en la bula *Manifestatis probatum*, de 1179, se le trata de rey. Es el reconocimiento romano de la autonomía portuguesa.

La tercera etapa de la reconquista, después de la consolidación realizada por Alfonso VII, se produce con Alfonso VIII (1158-1214), quien derrotando a los almohades en la batalla de las Navas de Tolosa el 6 de julio de 1212, abre camino a toda la Andalucía por siglos soñada. Fernando III el Santo (1217-1252) reconquista Córdoba (1236), Murcia (1241), Jaén (1245), Sevilla (1248). En este momento, Don Jaime (1208-1276), que controla Barcelona, conquista Valencia y Mallorca (diócesis en 1229), con lo que se abre a España, por Aragón, la expansión hacia el Mediterráneo occidental (en 1229 llegan a las Baleares, ocupan Cerdeña en el 1326, Sicilia en el 1282, y Nápoles en el 1442, presionando por el sur a la misma Roma y, por ello, al romano pontífice, a su estado pontificio).

Murió Fernando en Sevilla en 1252, sucediéndole Alfonso el Sabio. Después comienza la decadencia de Castilla, todo lo cual remata con Enrique IV (1454-1474), tiempo de espantosa anarquía.

Desde el siglo VIII hasta el XV, entonces, se fue conformando la cristiandad hispano-lusitana. Es necesario anotar su debilidad en cuanto al régimen feudal de explotación económica. El feudalismo no ancló profundamente en la Península; esto explicará posteriormente el que el capitalismo no tenga un

caldo de cultivo suficiente para alcanzar una acumulación de capital suficiente. Porque si pudo tener cuantiosas riquezas de sus colonias no hubo acumulación por renta del campo, ni quedaron tantos desocupados que pudieran vender su trabajo. Por el contrario, heredando la capacidad mercantil de los árabes, el sistema mercantilista preindustrial será el camino que emprenderá la España y el Portugal del siglo XVI.

Mucho habría que escribir sobre los benedictinos, los canónigos regulares, los franciscanos y dominicos, las órdenes militares, los jerónimos, y tantas otras comunidades que dieron vida a la cristiandad hispánica. El pueblo se unió siempre a la gran cruzada de la liberación nacional contra los infieles, musulmanes, moros. Fue una causa popular, ambiguamente popular, ya que por otra parte los señores cristianos oprimían a sus siervos, cobraban tributos, en el *sui generis* feudalismo hispánico. La Iglesia consolidaba el todo de la sociedad. Era un momento esencial constitutivo, de estructuración hegemónica.

4. *El siglo XV de los Reyes Católicos*²⁴

De la decadencia se salva España por la muerte de Enrique IV en 1474, por la integridad de Isabel y la prudencia de Fernando. En efecto, en 1469, Isabel, hermana de Enrique IV, se casa en secreto con Fernando de Aragón. Este la apoya en sus trabajos y le ayuda a que se corone reina de Castilla en 1474. De victoria en victoria, el joven matrimonio logra que Fernando sea proclamado rey de Aragón en 1479; alcanzan la paz con los franceses, el ingreso al Convento de la Beltraneja, el fin de las contiendas con Portugal. Un año antes han creado el Tribunal de la Inquisición, con lo cual van logrando un absolutismo absorbente que hizo sentir su poder sobre la Iglesia, sobre la nobleza, sobre la administración (cortes, alcaldes, etc.).

La crisis en la Iglesia era manifiesta, pero al mismo tiempo fue la excusa para ir creando antecedentes del dominio del Estado sobre la Iglesia. Será una cristiandad donde la Iglesia cumplirá los fines del Estado católico. Y si es verdad que la monarquía se ocupó de la reforma de la Iglesia, queda la duda si no fue para que al purificarla la empobreciera, y al empobrecerla la debilitara como poder político ante la monarquía. El desmantelamiento del poder económico y militar de los arzobispos y obispos, y aun de los grandes conventos, hizo de la Iglesia una comunidad más simple, más pobre, pero al mismo tiempo con menos posibilidades de oponerse al Estado. Además, como Aragón estaba presente en Italia, logró muchas concesiones romanas en favor de la monarquía hispánica. Con ello el Estado salió fortalecido ante la sociedad civil. No sólo la iglesia perdió fuerza, la fue perdiendo también la burguesía naciente, heredera de los comerciantes y orfebres árabes y judíos (muchos de ellos convertidos en «nuevos cristianos»), lo que, en parte, determinará el destino no sólo de la España moderna sino de América latina hasta el presente. Ni Holanda, Inglaterra o Francia tuvieron una monarquía tan absolutista, absorbente, fuerte, lo que permitió a las burguesías triunfar en su

24. T. de Azcona, *Isabel la Católica*, Madrid 1964. Además de la bibliografía indicada en esta obra pueden consultarse las obras citadas en nota 21 de este capítulo. Véase J. Vicens Vives, *Historia de España y América* II, Barcelona 1961; V. Cárcel Orti-J. Fernández Conde-J.L. González, *Historia de la Iglesia en España* III/1 y 2, Madrid 1980.

momento contra ella y organizar una sociedad capitalista. España y Portugal, en cambio, aniquilaron su propia burguesía por el poder indiscutido de una monarquía cimentada sobre el proyecto del estado absoluto de los Reyes Católicos. La batalla de Villalar en 1521 hará historia.

En el concilio de Aranda, bajo la convocatoria del cardenal Rodrigo de Borja, realizada en enero de 1473, el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, comienza lo que pudiera llamarse la reforma de la Iglesia española. El concilio provincial se realizó en septiembre de 1473. En 1478, convocado de hecho por Isabel y Fernando, se realiza otro gran concilio en Sevilla, bajo la autoridad del cardenal Pedro González de Mendoza.

Desde un punto de vista social y político, la península llegaba al final del siglo XV todavía perfectamente caracterizada en cuatro reinos: Castilla, Portugal, Aragón y Navarra. Castilla y Aragón fueron los primeros en unirse, pero todavía eventualmente. Castilla tenía unos siete millones de habitantes, Portugal unos dos millones, Aragón con un millón, Navarra con cien mil habitantes. Granada tenía unos setecientos mil, de los que sólo quedarán cincuenta mil al ser tomada. Castilla era entonces la más poblada (en El Valle de México había, sin embargo, más aztecas que castellanos en Castilla)²⁵. Más del 80% de la población era campesina, ya que la vida urbana era pequeña. Valencia era la ciudad más poblada, con unos setenta y cinco mil habitantes, menos que México-Tenochtitlán; le seguía Sevilla a poca distancia, y las restantes tenían menos de la mitad, incluso Barcelona, Córdoba o Toledo, Valladolid o Salamanca.

La alta nobleza se reducía a tres o cuatro docenas de linajes (unas 300 familias). Magnates y altas dignidades eclesiásticas no llegaban al 1%; lo mismo la nobleza militar y la aristocracia urbana. Las «clases medias» eran eclesiásticos 1%, ciudadanos de importancia 2,3%, pequeños propietarios ricos menos del 1%. Los artesanos, menestrales, orfebres urbanos un 12%. Los campesinos o trabajadores del campo un 82,3%.

La pequeña nobleza estaba constituida también por militares, caballeros, gentiles hombres e hidalgos. Junto a los barones, la monarquía reclutó sobre éstos a sus capitaciones, funcionarios y diplomáticos, y la Iglesia la mayor parte de su jerarquía.

La pequeña nobleza urbana en cambio ocupaba los cargos o funciones tales como medicina, leyes, profesorado universitario, canónjas en los cabildos eclesiásticos, los mejores secretarios y administradores.

Se pasaba con cierta facilidad de caballero, para lo cual hubo de realizarse una simple ceremonia de ser armado caballero, a otras funciones ciudadanas. La clase media estaba constituida por los mejores cuadros de los gremios, fuertes, organizados. Pequeños patronos artesanales, pintores, escultores, dueños de tiendas, mercaderes, boticarios, cirujanos. Eran El 80% de los habitantes de las ciudades: el origen de la burguesía pre-industrial. Mitad de ellos pagaba impuesto, por tener entradas significativas; la otra mitad era clase oprimida, pobre que vendía su fuerza de trabajo.

El campesino castellano no era propiamente feudal. La mayoría de los campesinos eran usufructuarios o arrendatarios de las tierras que cultivaba. En Aragón, en cambio, existía todavía un férreo sistema medieval de servidumbre. Es por ello que en Castilla, junto a la explotación creciente de las lanas

25. J. Vives, *o. c.* II, 483.

que hábiles pastores comenzaban a aumentar, se daban ciertas condiciones para el desarrollo posterior del capitalismo. Sin embargo, todo será tronchado demasiado rápido.

La Iglesia estaba atravesada por todas las clases. El alto clero, la jerarquía, era reclutada en la alta nobleza y pequeña nobleza. Eran los obispos, abades, los preladados. De ellos salían también los canónigos o dignidades catedralicias. El clero que realizaba tareas pastorales en las clases oprimidas procedía de ellas, tenía menor cultura y formación.

La Iglesia en su conjunto poseía una tercera parte de las rentas totales de la Península, otra tercera la Monarquía, y el resto la alta y pequeña nobleza en su mayoría. Esto significaba anualmente unos seis millones de ducados. El ducado tenía 375 maravedies y significaba: ocho jornales de un obrero especializado, veinte jornales de un bracero, 187 libras de pan cocido, 20 libras de carne. Pertenecían a los religiosos unos dos millones; los otros cuatro millones al clero secular. El arzobispo de Toledo recibía unos ochenta mil ducados, el de Sevilla 222 mil, Granada y Santiago unos 225 mil, los de Tarragona, Zaragoza y Valencia unos noventa mil.

Había en España en 1492 cinco sedes metropolitanas (Toledo, Santiago, Tarragona, Sevilla y Zaragoza). En ese año se crearon las de Granada y Valencia²⁶. En Portugal había las de Lisboa y Braga. En España además de las nombradas había 40 diócesis.

No puede negarse que los Reyes Católicos, con su comprensión unificada de la cristiandad, donde lo eclesiástico y civil va siempre mezclado, y donde la Iglesia es una institución central de la sociedad política, dieron mucha importancia a la reforma de la Iglesia. Reforma en las costumbres, los usos, los Estudios, el episcopado, las órdenes religiosas y el clero en general. Para ello tomaron en mano, se podría decir, a la misma Iglesia y consiguieron facultades ante los romanos pontífices. Después de muchos años lograron, por ejemplo, el 1 de septiembre de 1499, del papa Alejandro VI, en la bula *Inter curas multiplices*, facultad para remover a curas párrocos encontrados culpables de inmoralidad. Claro es que esta posibilidad emanaba de otra bula en la que se le encomendaba a los reyes la *Reforma general* de la Iglesia; esto el 27 de marzo de 1493, para lo cual los soberanos nombraron en 1495 al arzobispo de Toledo, como veremos. Lo que no hay que olvidar, entonces, es que Roma confía la reforma al Estado, a la monarquía. Esta función religiosa de la sociedad política inscribe toda la experiencia hispana y lusitana en América dentro del «modelo» de cristiandad: la Iglesia usa del Estado para funciones pastorales; el Estado usa a la Iglesia para conseguir consenso en la sociedad civil.

Este maridaje ambiguo será el trasfondo de la historia de la Iglesia hasta la emancipación nacional a comienzos del siglo XIX, y permanecerá en muchos casos como un modelo *ideal* hasta nuestro tiempo. La cuestión la trataremos más largamente en el capítulo IV, en lo referente al patronato indiano.

La reforma del episcopado consistirá, fundamentalmente, en que los soberanos presentarían a la santa sede personas ilustradas en teología y cánones, conocidas por sus buenas costumbres, de nacionalidad española. Tendrán que permanecer en su sede (y no como algunos, 30 años en Roma sin visitar a su

26. Cf. T. de Azcona, *La elección y reforma del episcopado español en tiempos de los Reyes Católicos*, Madrid 1960.

diócesis). Estas simples normas elevaron inmensamente el nivel de los preladados. Un Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, que había sido de Avila en 1485 y pasó a la nueva sede en 1493, era llamado por los moriscos el «Alfaquí santo». Lo mismo podría decirse de un Diego de Deza, obispo de Sevilla desde 1504, y de tantos otros.

Sobresale la figura del Reformador general, Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517), que al fin de su vida escuchó con asombro a Bartolomé de las Casas y tomó justas (quizá utópicas) disposiciones sobre el nuevo rumbo que debería tomar la conquista de América.

Francisco Jiménez, de clase media, bachiller en derecho de Salamanca, estudió también en Roma. Fue puesto preso por el arzobispo de Toledo en la cárcel de Uceda varios años por su terquedad en ocupar un oficio. En 1474 pasó a Sigüenza, donde se apasionó con el hebreo y caldeo estudiado con un judío. Con 48 años entra todavía de novicio a los franciscanos. Pero se retira como ermitaño a Escala coeli. Es elegido Guardián de sus hermanos reformados en La Salceda. Por su conocida santidad es nombrado confesor de la reina Isabel de Castilla en 1494 y reformador de la orden. Caminaba descalzo sin otra compañía que un asno por toda la Península llamando a sus hermanos a la primitiva austeridad, pobreza, oración, estudio de la sagrada Escritura, desde Gibraltar hasta el Cantábrico, pidiendo limosna para alimentarse y a veces para dormir. En 1495 es nombrado Reformador general de todo el Reino, y poco después arzobispo de Toledo. Dos años dura para aceptar la dignidad. Cuando se pone manos a la obra en 1497 son incontables sus reformas: restaura en su catedral la liturgia mozárabe, reúne sínodos como los de Alcalá y Talavera, dicta nuevas *Constituciones* para el arzobispado, restaura la vida moral y espiritual de su clero, y, de manera muy especial, dedica fuerte respaldo económico y controla personalmente a los peritos para llegar a la edición de la *Biblia polígota* de Alcalá. Reúne a los mejores sabios, judíos, griegos y hasta orientales de origen. Desde 1502 paga todo lo necesario: sueldos, compra de manuscritos en las diferentes lenguas, y los mejores. El mejor tipógrafo del Reino llega en 1511. Poco antes de morir le entregan los seis volúmenes del texto editado en latín, griego, hebreo de antiguas y diversas ediciones. Erasmo no podrá lograr una tan acabada realización. Cuatro meses después Lutero comienza su predicación en Alemania. Moría el gran reformador el 8 de noviembre de 1517, cuando la experiencia del Caribe iba a dejar paso al descubrimiento del Imperio azteca.

La cristiandad hispánica, tanto española como lusitana, tienen un marcado carácter nacionalista, lo que significa siempre una cierta oposición a la jurisdicción pontificia. El episcopalismo unido al autoritarismo regio configuran una Iglesia sumamente clericalizada.

Sin embargo, como podrá verse en el siglo XVI, con los grandes reformadores y santos (como santa Teresa, san Juan de la Cruz, etc.), todo esto estaba profundamente afincado en la conciencia popular, donde un catolicismo tradicional se une a las luchas legendarias del pueblo. La lucha contra los moros ha marcado profundamente toda la devoción del pueblo y ha logrado que no haya una conciencia clara de las oposiciones sociales. La unidad nacional contra el enemigo común no ha dado tiempo para que las clases oprimidas comiencen a expresarse -si no es el caso, por ejemplo, de los empobrecidos campesinos de Aragón.

5. Algo sobre el origen del catolicismo popular

Sin lugar a dudas fue de España y Portugal de donde proceden buena parte de las prácticas religiosas del catolicismo popular latinoamericano.

Las comunidades cristianas del Mediterráneo occidental fueron al comienzo poco numerosas y muy dispersas. En Roma hubo una comunidad que tuvo el honor de contar con el apóstol Pedro entre sus miembros, como la arqueología lo ha demostrado. Igualmente en Nápoles y en otras ciudades italianas. En el norte de África se hizo igualmente presente el cristianismo a fines del siglo I, como lo indican algunas catacumbas. En las Galias igualmente; sin embargo, no debe dejar de tenerse en cuenta que dichas iglesias eran de origen oriental, y era normal que la Iglesia de Lyon aun a fines del siglo II contara con un Ireneo que venía del este; hablaba y escribía en griego. Sólo con Tertuliano nos llegan los primeros escritos en latín de un autor de cierta importancia. Por ello todas las expresiones litúrgicas debieron ser originariamente en griego, y sólo a mediados del siglo III el latín comenzó a introducirse. Es por ello que en la liturgia visigoda y aun en la gala se encuentran elementos fundamentales de los ritos sirios²⁷.

Estas comunidades cristianas en el Imperio latino, nacidas en medio heleanista, fueron poco a poco asumiendo las estructuras propias de su cultura y por movimiento de «autoctonización» introdujeron «gestos» litúrgicos comprensibles. Así fue aceptado el latín, el modo romano de simbolizar, la utilización del calendario, después de las basílicas, del derecho romano, etc. La liturgia occidental fue un esfuerzo ininterrumpido de muchos siglos de creación incesante.

El rito romano es sólo la liturgia que se celebra en la capital del Imperio latino, del patriarcado occidental. Su etapa creativa termina a fines del siglo III; en el siglo cuarto se afianza en la península itálica (téngase bien en cuenta que antes prácticamente cada obispado importante, como en el oriente, tenía sus modalidades propias). Todavía hoy tenemos documentos de la liturgia de Benavento, de Nápoles, de Aquilea, de Padua, etc. Por último pasó los Alpes junto al derecho romano eclesiástico, y cuando el emperador Carlomagno adopte el rito romano para su Imperio se extenderá hasta el mar del Norte. Poco a poco desaparecen las liturgias locales fruto de un secular esfuerzo misionero. En España su penetración será posterior, y es impuesto el rito romano en el siglo XI bajo Gregorio VII.

De que el rito romano no fue el primero y ni siquiera el más importante se deja ver por el hecho de que el latín se introdujo en Roma en el siglo III en la liturgia, pero de manera uniforme sólo a fines del siglo IV. Fue en África (romania) y en sus liturgias donde se efectuaron las primeras experiencias latinas. En Roma, hasta el siglo VII, ciertos textos fundamentales eran todavía bilingües (griego y latín).

No debe dejar de tenerse en cuenta que la misma liturgia romana aceptada poco a poco en toda Europa sufrió en cada región evoluciones distintas, cuyos ejemplos más interesantes son los del sacramentario Gelasio del siglo VIII, la liturgia celebrada en los reinos francos posteriores a Carlomagno, el pontifical

27. Cf. G. Prado, *Historia del rito mozárabe y toledano*, Santo Domingo de Silos 1928; E. Griffé, *Aux origines de la liturgie gallicane*: Bulletin de Littérature Ecclésiastique 52 (1951) 17-43.

romano germánico compuesto en Maguncia a mediados del siglo X. Aún después de la invención de la imprenta se conservaron los ritos de Braga, Lyon, los de las órdenes dominicas, premonstracenses, de la cartuja y otros, que son demostración de una cierta vitalidad expresiva todavía agonizante en pleno siglo XVI.

Como ritos propiamente dichos del occidente todavía hoy subsisten el ambrosiano (del que Ambrosio obispo de Milán indicaba ya su procedencia romana), el mozárabe (o visigodo) y galo. Estos dos últimos tienen mucha mayor importancia porque recuerdan la historia de los godos y visigodos que, originarios del Imperio oriental, celebraron su liturgia primeramente en godo; después sufrieron influencias latinas pero sobre un fondo sirio. El mozárabe es el rito de Toledo (cuyo misal y breviario en pleno siglo XVI fue impreso, como hemos dicho, por el cardenal Jiménez de Cisneros). El galo era el usual antes de la imposición por Carlomagno del rito romano. Cesáreo de Arlés o Gregorio de Tours (siglo VI) nos documentan su existencia.

El Imperio latino permite la expansión del cristianismo a partir del siglo IV (no se olvide que paulatinamente el papa ocupará el lugar del emperador romano y apoyado por las órdenes monacales, en especial benedictina, ejercerá un predominio determinante sobre la Europa medieval); es ya un cristianismo de masas. Por otra parte la liturgia romana, una entre otras, se impone a veces despóticamente (por mediación de los reyes o del emperador) a fin de unificar a sus súbditos, demasiado acostumbrados a la liberalidad de la horda o del clan germánico. Fijada paulatinamente la liturgia (la expresión gestual o mediática) y masificada la comunidad cristiana, aparece inevitablemente en la cristiandad el hecho del «catolicismo popular medieval».

En este proceso la provincia Hispania del Imperio latino, invadida por los visigodos y convertida al cristianismo, seguirá la misma pendiente. A las tradiciones propias del «catolicismo popular» ya existentes en el siglo VI en la Europa cristiana (Italia, África, Galia e Inglaterra) se sumarán las propias de los visigodos, de los romanos hispanos y de los primitivos cristianos de la península. El «catolicismo popular» medieval o hispánico es todo un cuerpo de devociones, *pia exercitia* que el pueblo cristiano del imperio inventa para expresar su fe y su religiosidad ante la fijeza que ha ido adquiriendo el culto oficial no maleable a las circunstancias históricas cambiantes de la misión. Bonifacio mismo, en Germania, no podrá «inventar» una liturgia propiamente adaptada a dichos pueblos, y el latín se impondrá como lengua litúrgica incomprensible, lo mismo que una simbología de origen latino, que poco dice ya a los «bárbaros» y su «mundo» cultural propio.

Sobre el lugar que ocupan los «árboles» sagrados de los germanos, sobre las rocas de extrañas formas veneradas por los lugareños, sobre las tumbas de grandes hombres (a veces heresiarcas, como se piensa que es el caso de Compostela), sobre templos o templetos de origen romano o germano, en fin, sobre las manifestaciones de la religiosidad pagana nacerán los lugares de culto cristiano, se edificarán iglesias donde se veneran santos (orientales al comienzo y después occidentales), y donde la Virgen será objeto de peregrinaciones y devociones crecientes.

Todo lo que después veremos también organizarse en América tuvo ya su origen en Europa medieval. ¿No había sido éste el proceso natural de la evangelización europea? Las procesiones, peregrinaciones, jubileos, confianza en la recuperación de la salud corporal por el bautismo o el agua bendita, y

tantos y tantos substitutos que produce la religiosidad popular se dieron ya en la cristiandad latina. Evidentemente, y aun con mayor amplitud, en la cristiandad oriental. En esta última, el culto a las imágenes (como contrarreacción a la crisis iconoclasta de origen musulmán), alcanzará un carácter casi mágico. Lo mismo que las devociones de extrañas procedencias, el gusto por las luminarias (velas, lámparas de aceite, que por cientos y cientos, en sus formas barrocas, llenan los templos ortodoxos del Mediterráneo oriental y Rusia). Entre unas de las costumbres del «catolicismo popular» medieval, principalmente el español de la meseta, era aquella de pedir a los cielos algo de lluvia en los tiempos de sequía. Tomemos un ejemplo (bien podía ser hispano peninsular): «En Santa Fe la Vieja se hizo la primera rogativa en 1592. El 17 de abril de ese año, el cabildo resolvió por unanimidad pedir al vicario que hiciera tres procesiones por la gran sequía por falta de agua. Esta gestión debía hacerla el cabildo en pleno y notificar a la vez al señor vicario que los alcaldes Pedro de Oliver y Feliciano Rodríguez estaban encargados de pedir a los vecinos en nombre del cabildo, la limosna que se haría a la Iglesia por esos servicios religiosos; pero luego de un cambio de ideas y teniendo en cuenta los grandes prejuicios que causaba la sequía de ese año, resolvieron que en vez de tres fueran nueve las misas que se harían decir a la madre de Dios nuestra Señora bendita»²⁸.

Zapata Gollán nos refiere esta canción para pedir agua en tiempo de «seca»:

Dulce Jesús mío,
 mirad con piedad
 a este humilde pueblo
 que afligido está.
 Agua te pedimos
 agua nos embiad,
 pues por su falta
 perecemos ya.
 El pueblo afligido
 clama sin cesar
 que nos des el agua,
 ¡Oh Dios de bondad!
 Basta Jesús mío
 que se acaben ya
 tus justos enojos
 por nuestra maldad.
 Recibe los votos
 de un pueblo que está
 de haberte ofendido
 lleno de pesar²⁹.

De España vino igualmente «la cofradía del santísimo sacramento, que es la más antigua e importante de la catedral». Fundada definitivamente en 1633 con el nombre de la hermandad de la Esclavitud del santísimo sacramento, tuvo por primer «esclavo» mayor al capitán Pedro de Giles. «Fue una filial de

28. Junta provincial de Estudios históricos de Santa Fe, *Actas del cabildo de la ciudad de Santa Fe*, Primera serie, t. II, p. 58.

29. *Ad petendam pluviam*: Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología (Buenos Aires) 4 (1963) 69-70.

la establecida en Madrid en 1607. El nombre de Esclavitud fue cambiado más tarde por el de Hermandad del santísimo sacramento»³⁰.

Para seguir con algunos ejemplos, sólo algunos, recordemos que «eran de fama tradicional las devociones familiares al Manolito, imagen de Jesús Niño, que, a lo que se decía, envió desde Avila hasta Lima en el siglo de oro la propia doctora Santa Teresa de Jesús»³¹. Se conserva todavía hoy dicha imagen en la Casa de las hermanas del Buen Pastor .

Procedente de España, de la España medieval, es aquello de que «raro será el paisano que no lleva un escapulario, por lo regular, de la virgen del Carmen, que le valdrá en las oraciones. ¡Cuántas balas, por favor, han dejado de penetrar en el pecho a que iban enderezadas! En el último trance de la vida y en los peligros no deja el paisano de encomendarse a Dios y de invocar la protección de la Virgen o de algún santo de su particular devoción»³².

Entre todas las devociones hispanas anti-moras, ninguna como la de Santiago apóstol. Es por ello que, «al fundarse la ciudad se le dio por patrono principal el apóstol Santiago el mayor. Grande fue el entusiasmo con que se celebraba todo año la fiesta del apóstol Santiago y era una de las funciones de tabla, que se celebraban en la iglesia principal, con la asistencia del corregidor y el cabildo en corporación. En las actas del cabildo, desde principios del siglo XVII se hace constar que anualmente el 24 de julio, víspera de la fiesta del santo apóstol Santiago, celebraba asamblea dicha corporación y paseaba por la ciudad el estandarte real, que era de seda encarnada con la imagen del santo patrono. Se nombraba ese día un alférez para su enarbolarción y custodia cuyas funciones duraban un año y tenía el privilegio durante ese tiempo de custodiar el real estandarte en su propia morada, y de no ser así, había de guardarse en el arca de tres llaves del cabildo, juntamente con las reales cédulas y las alhajas del mismo. Las funciones del alférez terminaban, cuando no era propietario de este cargo, la víspera del santo patrono de la ciudad, en que nombraba al que lo había de reemplazar. En ese día el nuevo alférez nombrado por el cabildo de cuya corporación venía a ser uno de los mayores oficios, recibía el real estandarte de alférez, que había caducado y después de haber hecho el juramento de pleito homenaje ante el cabildo y el escribano (sic), prometiendo su custodia y acudir con él siempre que fuera necesario al servicio del rey y defensa de la ciudad, se le entregaba esta insignia para pasearla por las calles, llevarla a las vísperas que se celebraban en la iglesia principal y después enarbolarla en las casas del cabildo, hasta el día siguiente»³³.

En América se propagaron tradiciones del «catolicismo popular» hispano-lusitano en cuestiones del todo accidentales, lo que mejor nos muestra el hecho de una tal tradición popular. Entre las poesías populares hispánicas se encuentra la siguiente, que con pocas variantes Ismael Moya hace figurar en su Romancero (y que Carrizo la ha encontrado también en otros horizontes americanos):

30. J. Alameda, *Argentina católica*, Buenos Aires 1942, 269.

31. C. Romero Sosa, *Cuatro siglos de navidades en Salta, en La navidad y los pesebres*, Buenos Aires 1963, 173-174.

32. D. Granada, *Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata*, Montevideo 1896, 67.

33. J. Verdager, *Historia eclesiástica de Cuyo I*, Milano 1931, 27,

La virgen se está peinando
debajo de los laureles:
los cabellos son de oro
y las cintas de terciopelo.
Ayer pasó san José,
le dijo de esta manera:
-¿Cómo quieres que te quiera
si estamos en tierra ajena?
Un hijo que yo tenía
más blanco que la azucena,
lo estaban crucificando
con una pluma de madera.
Vinieron los pajaritos,
vinieron las golondrinas,
le sacaron las siete espinas,
vino el Ave María
con un copón de oro
a recoger la sangre
del Niño Jesús³⁴.

La celebración litúrgica, los ritos de los sacramentos y sus respectivos sacramentarlos, el modo de cumplir la penitencia, las oraciones por enfermos y muertos, el matrimonio, las procesiones, peregrinaciones, jubileos, fiestas, bendiciones y devociones en general que se cumplirán en la época de la cristiandad hispanoamericana, son de raigambre hispano-lusitana, es decir, pertenecen a la cristiandad latino-germana y, fundamentalmente, de inspiración romana, en cuanto a la estructura esencial de la liturgia dentro de la cual se originaron los *pia exercitia*³⁵.

34. I. Moya, *Romancero* II, Buenos Aires 1944, 66.

35. Véase en especial el capítulo VIII de esta *Historia general*, sobre la «Vida cotidiana» del catolicismo popular en América.